

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE TRUJILLO
BENEDICTO XVI
FACULTAD DE TEOLOGÍA
PROGRAMA DE ESTUDIOS DE TEOLOGÍA



EL SENTIDO CRISTIANO DEL SUFRIMIENTO

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO PROFESIONAL DE LICENCIADO
EN TEOLOGÍA**

AUTOR

Br. Simón Moisés Benites Vera
<https://orcid.org/0009-0009-4887-8174>

ASESOR

Dr. Marcoantonio Pacherras Torrejón
<https://orcid.org/0000-0001-7408-9683>

LÍNEA DE INVESTIGACIÓN

Soteriología


TRUJILLO – PERÚ

2023

DECLARATORIA DE ORIGINALIDAD

Señor Decano de la Facultad de Teología:

Yo, Pbro. Dr. MARCOANTONIO PACHERRES TORREJÓN con DNI N° 18217475, como asesor del trabajo de investigación titulado **“EL SENTIDO CRISTIANO DEL SUFRIMIENTO”**, desarrollado por el egresado Simón Moisés Benites Vera, con DNI 73811754, del Programa de Teología, considero que dicho trabajo reúne las condiciones tanto técnicas como científicas, las cuales están alineadas a las normas establecidas en el Reglamento de Titulación de la Universidad Católica de Trujillo Benedicto XVI y en la normativa para la presentación de trabajos de graduación de la Facultad de Teología. Por tanto, autorizo la presentación del mismo ante el organismo pertinente para que sea sometido a evaluación por los jurados designados por la mencionada facultad.



Dr. Marcoantonio Pacherres Torrejón

Asesor

AUTORIDADES UNIVERSITARIAS

EXCMO.MONS. HECTOR MIGUEL CABREJOS VIDARTE, OFM

Arzobispo Metropolitano de Trujillo

Fundador y Gran Canciller

Universidad Católica de Trujillo Benedicto XVI

DRA. MARIANA GERALDINE SILVA BALAREZO

Rectora y Vicerrectora de la Universidad Católica de Trujillo Benedicto XVI

DRA. ENA CECILIA OBANDO PERALTA

Vicerrectora de Investigación

PBRO. MG. ERIK HANNOVER DÍAZ RUIZ

Decano de la Facultad de Teología

DRA. TERESA SOFÍA REATEGUI MARIN

Secretaria General

DEDICATORIA

Dedico este trabajo a las muchas personas que con su testimonio de vida supieron encender en mi la luz de la esperanza, particularmente en medio de la tribulación.

Y, de entre todas ellas, con todo el calor de mi corazón, a Santa María, madre mía, salud de los enfermos y estrella del Mar.

AGRADECIMIENTO

Quiero agradecer a quienes a lo largo de la preparación de este trabajo me regalaron su tiempo, oración y amistad, de forma particular al R.P. Marcoantonio Pacherras, al R.P. Adolfo Guevara y al R.P Jorge Castillo.

Así mismo, reitero mi gratitud a todos los que creyeron en mí y en este proyecto a pesar de las muchas pruebas que fueron necesarias superar, a Mons. Miguel, a Mons. Francisco, a Rody, y, con especial afecto, a mi madre.

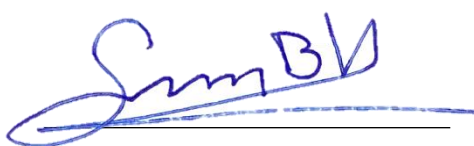
¡No lo hubiera logrado sin ustedes, les debo mucho!

DECLARATORIA DE AUTENTICIDAD

Yo, Simón Moisés Benites Vera con DNI 73811754, egresado del Programa de Estudios de Pregrado de Teología de la Universidad Católica de Trujillo Benedicto XVI, doy fe que he seguido rigurosamente los procedimientos académicos y administrativos emanados por la Facultad de Teología, para la elaboración y sustentación del informe de tesis titulado: “El sentido cristiano del sufrimiento”, el cual consta de un total de 70 páginas.

Dejo constancia de la originalidad y autenticidad de la mencionada investigación y declaro bajo juramento en razón a los requerimientos éticos, que el contenido de dicho documento corresponde a nuestra autoría respecto a redacción, organización, metodología y diagramación. Asimismo, garantizo que los fundamentos teóricos están respaldados por el referencial bibliográfico, asumiendo un mínimo porcentaje de omisión involuntaria respecto al tratamiento de cita de autores, lo cual es de nuestra entera responsabilidad.

El autor



Simón Moisés Benites Vera

DNI 73811754

ÍNDICE

DECLARATORIA DE ORIGINALIDAD	ii
AUTORIDADES UNIVERSITARIAS	iii
DEDICATORIA	iv
AGRADECIMIENTO	v
DECLARATORIA DE AUTENTICIDAD	vi
ÍNDICE	vii
RESUMEN	ix
ABSTRACT	x
I. INTRODUCCIÓN	11
II. DESARROLLO	14
CAPÍTULO I: EL SUFRIMIENTO EN EL PANORAMA DE LA FE _____	14
1.1. La experiencia del sufrimiento corporal en la Sagrada Escritura _____	14
1.1.1. <i>La visión del Antiguo Testamento</i> _____	14
1.1.2. <i>La visión del Nuevo Testamento</i> _____	18
1.2. La experiencia del sufrimiento corporal en la tradición de la Iglesia _____	21
1.2.1. <i>Reflexiones de la teología patristica</i> _____	21
1.2.2. <i>La reflexión escolástica de Santo Tomas de Aquino</i> _____	25
1.3. El sufrimiento corporal en el magisterio de la Iglesia _____	27
1.3.1. <i>Reflexiones del Concilio Vaticano II</i> _____	27
1.3.2. <i>Juan Pablo II y el sufrimiento en la encíclica Salvifici Doloris</i> _____	29
CAPÍTULO 2: LA EXPERIENCIA CONTEMPORÁNEA DEL SUFRIMIENTO CORPORAL _____	33
2.1. El panorama actual _____	33
2.1.1. <i>Una nueva época</i> _____	33
2.1.2. <i>El hombre light</i> _____	36
2.2. El sufrimiento en el panorama actual _____	38
2.2.1. <i>La definición del sufrimiento en la sociedad light</i> _____	38

2.2.2. <i>Tipos de Sufrimiento en la sociedad light</i>	40
2.3. Reacciones del hombre <i>light</i> frente al sufrimiento corporal	43
2.3.1. <i>Rechazo, desesperación y derrota.</i>	43
2.3.2. <i>Evasión y resignación</i>	44
2.3.3. <i>Aceptación e intento terapéutico</i>	45
CAPÍTULO 3: EL SENTIDO CRISTIANO DEL SUFRIMIENTO	
CONTEMPORÁNEO	49
3.3. La necesidad de salvación para un sufrimiento magnificado.	49
3.3.1. <i>El drama del sufrimiento en la existencia contemporánea</i>	49
3.3.2. <i>La salvación que trae Cristo</i>	50
3.2. La cruz, amor redentor para un sufrimiento egoísta.	53
3.2.1. <i>El misterio de la Redención: don de amor</i>	53
3.2.2. <i>La crucifixión del egoísmo por el amor</i>	56
3.3. El sentido cristiano del sufrimiento para un sufrimiento nihilista.	58
3.3.1. <i>El sufrimiento corporal como buena noticia</i>	59
3.3.2. <i>El sentido cristiano del sufrimiento</i>	62
III. CONCLUSIONES	65
IV. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	67
ANEXOS	71
Anexo 1: Reporte de Turnitin	71

RESUMEN

Desde la reflexión soteriológica, esta tesina desarrolla la respuesta que da la teología cristiana al problema del sufrimiento corporal y al drama existencial que vive el hombre postmoderno para encontrarle sentido.

El problema: la necesidad de responder al drama existencial que vive el hombre postmoderno en su búsqueda de un sentido para el sufrimiento corporal.

La propuesta: desarrollar la respuesta cristiana para el sufrimiento corporal y el cómo ésta se presenta como una oportunidad de transformar el drama existencial ya mencionado en una experiencia redentora.

Palabras clave: sufrimiento, sentido, redención.

ABSTRACT

From soteriological reflection, this thesis develops the response that Christian theology gives to the problem of bodily suffering and the existential drama that postmodern man experiences to find meaning in it.

The problem: the need to respond to the existential drama that postmodern man experiences in his search for a meaning for bodily suffering.

The proposal: develop the Christian response to bodily suffering and how it is presented as an opportunity to transform the existential drama already mentioned into a redemptive experience.

Key Words: suffering, meaning, redemption

I. INTRODUCCIÓN

Junto con el gran desarrollo científico y tecnológico de la actualidad, también ha surgido un nuevo tipo de sociedad y de persona cuyas acciones son regidas por una ética materialista y hedonista. Esto ha provocado que la comodidad se busque a cualquier costo y todo tipo de padecimiento sea rechazado sistemáticamente.

No obstante, llega un momento en la vida del hombre contemporáneo que, al contemplar la realidad y su propia existencia, se ve forzado a sumergirse en el drama del sufrimiento, ya sea a través de manifestaciones concretas como el hambre, la enfermedad y la muerte, o por medio de expresiones más complejas como la guerra, la corrupción o la explotación.

De este modo, tal como lo expresa Juan Pablo II en su encíclica *Salvifici Doloris*, el sufrimiento se muestra ante él como un drama histórico, universal e inevitable que, al margen de su dimensión subjetiva en la que los padecimientos parecen casi inefables e intransferibles, reclama ser tratado, meditado y concebido como un problema existencial que demanda sentido en su dimensión objetiva (SD 5).

Las personas que integran este nuevo tipo de sociedad, a las cuales llamaremos *light* a partir de ahora¹, en su esfuerzo por lidiar con el problema del sufrimiento, han propuesto una variedad de caminos usando el desarrollo científico y tecnológico. Su finalidad es la de alejar, silenciar o anestesiar los padecimientos porque, desde la ética hedonista imperante, todo lo que implique sufrimiento es tabú, es anticultural y, por ello, objeto de rechazo.

Sin embargo, el sufrimiento persiste. Esta es la razón por que hoy, más que nunca, urge abordarlo y encontrarle un sentido, sobre todo si consideramos que para un hombre que ha hecho del placer su norma de vida, más insoportable que la misma experiencia destructiva del sufrimiento, es su falta de explicación (Busto, 1984).

Frente a este drama existencial el cristianismo aparece con una propuesta diferente y novedosa: la promesa de transformar la tragedia en esperanza a través de una actitud de valiente confrontación y no de huida, actitud que sólo es posible mediante un encuentro

¹ Extraemos el término *light* de las reflexiones del psiquiatra católico Enrique Rojas, que se ha especializado en el tema de la depresión, ansiedad y sufrimiento. El usa la palabra *light* para describir metafóricamente un tipo de sociedad y de persona liviana en sus creencias y acciones, consecuencias de una mentalidad materialista y hedonista.

profundo con el Crucificado. Al final del camino se encuentra con que el sufrimiento no se puede eliminar de la vida terrena, pero sí transformarlo desde y con Cristo, en una experiencia redentora (SD 25).

La explicación novedosa de la oferta cristiana frente al sufrimiento en el mundo contemporáneo es el objetivo principal de este trabajo. Como objetivos secundarios queremos presentar, en primer lugar, cómo la búsqueda de un sentido para el sufrimiento es un gran problema existencial para la persona, particularmente para el hombre *light*, en segundo lugar, el cómo la propuesta cristiana, a pesar de sus raíces antiguas, puede tener vigencia en un mundo regido por el materialismo y hedonismo y, en tercer lugar, cómo los sufrimientos, incluso los agravados por el pecado, pueden ser transformados en instrumentos de salvación.

Para lograr estos objetivos es necesario que precisemos aquí el tipo de sufrimiento sobre el que vamos a trabajar, esto con la finalidad de no extendernos en demasía, particularmente si consideramos que en la actualidad el término sufrimiento tiene un uso genérico², lo cual ha llevado a identificarlo comúnmente con el concepto dolor sin atender a la diversidad de sus manifestaciones³.

Nosotros hablamos del sufrimiento como sufrimiento corporal o físico. Este tipo de padecimiento incluye y excede el concepto de dolor, el cual se define como una experiencia sensorial y emocional no placentera causada por un mal contrario al cuerpo y percibido así por los órganos corporales (Consuegra, 2010); pero que, al mismo tiempo, es rebasado por las resonancias que este tiene dentro del mundo interno de la persona.

Habiendo precisado que el sufrimiento corporal es el objeto de nuestro trabajo, procederemos a usar una metodología analítica-descriptiva en el área de reflexión de la soteriología, colocando los padecimientos humanos en la perspectiva de la obra redentora del Mesías. Nuestras fuentes principales de análisis las constituyen la Sagrada Escritura y los textos magisteriales sobre el tema del sufrimiento corporal. También usamos las

² En términos generales el sufrimiento es la consciencia que adquiere un ser humano de lo que en él lesiona la vida, ya sea por la presencia de un mal o la privación de un bien (Bouyer, 1990; Ruiz, 1984).

³ La tipología del sufrimiento surge de las diferentes formas en las que el sufrimiento incide sobre la vida del ser humano a nivel físico, psíquico o espiritual, aunque no se pueda definir con exactitud dónde comienza un tipo y termina otro debido a la unidad de la persona. Así, tenemos: sufrimiento corporal o físico, sufrimiento psíquico y sufrimiento espiritual o moral (Bonora, 1990).

reflexiones del psiquiatra católico Enrique Rojas en su libro, *El hombre light*, que nos permiten esbozar el pensamiento del hombre contemporáneo sobre el sufrimiento⁴.

A continuación, presentamos el trabajo. Está conformado por tres capítulos: En el primero, llamado el sufrimiento corporal en el panorama de la fe, nos ocupamos de desarrollar la experiencia del sufrimiento en el creyente valiéndonos del testimonio de personajes notables en la Escritura, la Tradición y el Magisterio.

En el segundo capítulo, presentamos el sufrimiento corporal en el mundo contemporáneo, particularmente desde la experiencia de un hombre light. Desde su perspectiva descubriremos que los padecimientos son tratados como tabú y un elemento anticultural al que por todos los medios hay que rehuir, o en todo caso, hacer desaparecer, silenciar o anestesiar. Nos interesa conocer su mentalidad sobre el tema en atención a la respuesta que da al problema del sufrimiento y si esta es capaz de otorgarle un cierre satisfactorio.

Finalmente, en el tercer capítulo, intentamos responder con la propuesta cristiana a la perspectiva del hombre light y a las dificultades que encuentra de cara al sufrimiento corporal. Esto lo logramos ahondando en la obra redentora de Jesús. En ella descubriremos una contestación adecuada para el problema antes expuesto. De este modo, el sufrimiento corporal, es por Cristo y a través de Cristo, transformado en un lugar de encuentro entre Dios salvador y la humanidad necesitada de salvación, lo cual confiere, gracias al amor, un sentido redentor a los padecimientos, lo que, en última instancia, constituye el sentido cristiano del sufrimiento para un hombre de hoy.

⁴ Dos son los motivos que nos impulsan a escoger al doctor Rojas como referente en este trabajo. El primero, porque se ha especializado en temas afines al sufrimiento humano, y el segundo, porque el análisis que presenta está precedido por su experiencia cristiana.

CAPÍTULO I

EL SUFRIMIENTO EN EL PANORAMA DE LA FE

El presente capítulo abordará la experiencia del sufrimiento corporal en el creyente y de cómo este, desde su encuentro con Dios, trata de definirlo, de explicar sus causas y su finalidad. Para ello se examinarán los testimonios de personajes de la Escritura, de la Tradición de la Iglesia y del Magisterio, que notablemente afrontaron dicho problema existencial que nos ocupa.

1.1. La experiencia del sufrimiento corporal en la Sagrada Escritura

La experiencia que la Escritura desarrolla entorno al sufrimiento debe leerse como un itinerario histórico y de fe que progresivamente madura hasta alcanzar una plenitud, y sobre todo como fruto de la iniciativa divina que se preocupa por el hombre que sufre y lo quiere salvar (García, 1970)⁵.

Aclarado esto ya podemos desarrollar el tema del sufrimiento corporal en la Biblia.

1.1.1. La visión del Antiguo Testamento

El AT., aunque rico en imágenes de sufrimiento, no posee ningún término típico para expresarlo, sino que usa la palabra mal en una relación de identidad o alguna circunlocución⁶. Posteriormente el griego empleará el término *πάσχω*, estoy afectado por, para poder hacer la distinción. Con ello el sufrimiento pasó a señalar una situación concreta en la que el hombre prueba el mal, y probándolo, o incluso provocándolo, se hace sujeto de padecimientos (SD 7). Implícita en esta afirmación existe una idea clave del AT: el papel de los actos humanos frente al sufrimiento y sus consecuencias corporales, tanto en el ámbito individual como comunitario (De Ausejo, 1978).

a) El sufrimiento y la teología de la retribución.

Frente a las acciones del hombre el AT expresa reiteradamente una verdad sobre Dios: Él remunera el bien y castiga el mal. Yahvé no deja a nadie impune (Ex 34, 7, Dt 5,9), pero también es misericordioso con los que le aman (Dt 5, 10), tanto a nivel colectivo (Dt

⁵ Esta visión particular está influenciada por la concepción israelita del tiempo y la conciencia de su elección como pueblo de Dios. Para ellos el tiempo es de carácter lineal y ascendente, un itinerario hacia la plenitud (*πλήρωμα*) y la culminación (*ἔσχατος*). La conciencia de elección, por otra parte, manifiesta su experiencia con el Dios de la Alianza, un Dios único, personal y salvador ¿Salvador de qué? fundamentalmente del pecado y sus consecuencias nefastas en el mundo. (García, 1970; Guardini, 2008).

⁶ Por ejemplo: enfermedad, revés, aflicción, dolor, etc. (Scharbert, 1979).

28) como personal (Dt 27, 14-26). Esta es la llamada teología de la retribución del AT (De Ausejo, 1978).

Desde esta perspectiva, agrega De Ausejo, (1978), la abundancia de bienes materiales, la salud y felicidad terrena, ya de una persona o de la comunidad, son consecuencia del cumplimiento de la Alianza (Dt 28; 4,40; 5, 33; 30, 15-20), y, por otra parte, el sufrimiento corporal, incluso del justo inocente, el resultado de haber quebrantado la ley de forma consciente o inconsciente, trasgresión que incluso puede haber sido cometida por los antepasados.

Continuando con la idea, Scharbert, (1979), expone que estos sufrimientos, sin embargo, no tienen como única finalidad ser un castigo por el pecado, sino ante todo, ser una oportunidad de aprendizaje que suscita la conversión y la salvación (Lv 26, 40-45; Dt 27-30).

Progresivamente los autores del AT se dieron cuenta del carácter unilateral e incompleto de este planteamiento, sobre todo al contemplar con indignación el éxito de los malvados y los padecimientos de los inocentes (De Ausejo, 1978). Esta indignación se transforma en un clamor tan frecuente en Israel que dará origen a un género literario propio de la Escritura: la lamentación (León-Dufour,1996)⁷.

Dios espera y acoge este gemido expresado en los textos categorizados como lamentaciones, pero será la literatura sapiencial, y particularmente el libro de Job, donde el clamor y la pregunta por el sentido del sufrimiento corporal encontrará su expresión más viva y una respuesta más concisa (SD 10).

b) El sufrimiento del inocente.

El texto de Job, más que un tratado teológico sobre el sufrimiento, es el drama de un hombre justo en conflicto con toda la existencia. El sufrimiento lo aísla en una cruel soledad, lejos de sus amigos, de su familia y finalmente de Dios (Bonora, 1990).

En el corazón del protagonista brotan una serie de preguntas que directamente cuestionan la teología de la retribución (Strange, 1969). Estas preguntas constituyen el gran problema del libro: ¿Por qué Dios Justo y Bueno no interviene en favor del justo que sufre?,

⁷ Por ejemplo, de los 150 cánticos y oraciones del salterio, unos 40 pertenecen a la categoría de lamentaciones. Ellos reflejan la situación desesperada de las personas que sienten el decaimiento de las fuerzas corporales y el peligro para sus vidas. Una enfermedad, el menosprecio social, presagios negativos, inexplicables desdichas y la angustia ante la muerte son algunas de las causas (Sal 69, 3-4; Sal 88, 5-7; Sal 102, 2-10; Sal 142, 4-5). Los auxilios que los médicos de la época alcanzan son insuficientes. El que sufre necesita una salvación que trascienda la restitución de su estado ordinario. Sólo Dios es capaz de tal proeza (Gerstenberger, 1992).

¿Por qué Dios se porta como un enemigo del hombre?, ¿Dónde está la santidad de Dios, puesto que parece tratar igual a inocentes y malvados? (Bonora, 1990).

El desarrollo de estas cuestiones desemboca en un itinerario existencial hacia el sentido, itinerario que el protagonista recorre ayudado por diferentes interlocutores. Primero, él mismo: “muera el día en que nací” (Job 3, 3); luego, otros seres humanos: “¿aún persistes en tu integridad? maldice a Dios y muérete” (Job 2,9); y, finalmente, Dios mismo: “Si eres valiente, cíñete los lomos: te voy a preguntar y tú me instruirás” (Job 38, 3).

El final de dicho itinerario nos deja con las siguientes enseñanzas: En primer lugar, la obediencia de la fe es necesaria para entender y afrontar el sufrimiento⁸. Job se ve sometido a la prueba (Job 1,12), y el sufrimiento se convierte en el precio de su amor a Dios omnipotente que se le revela como testigo fiel y como *Go'el*, rescatador, (Job 19, 25); como quien da y también quita (Job 1, 21) (Leveque, 1986).

En segundo lugar, el sufrimiento del inocente provoca rebelión y oración. Rebelión de Dios y rebelión del hombre. Rebelión de Dios porque está contra los sufrimientos de Job, aunque, a su pesar, misteriosamente los permite: “Métete con sus posesiones, pero no le pongas la mano encima” (Job 1, 12), “lo dejo en tus manos, pero respeta su vida” (Job 2, 6) (Bonora, 1990).

Y por otro lado rebelión del hombre contra el designio misterioso del Creador, Creador encasillado dentro del esquema de la retribución. De este modo Job se rebela contra Yahvé, cuyo rostro se ha visto forzado a desfigurarse: ya no puede ser su testigo fiel, ahora es enemigo y adversario cruel. Es un rostro que le impide amarlo y, sin embargo, aunque no sabe cómo encontrarlo (Job 23, 8-9), se ve obligado a buscarlo porque Él es el único que puede ayudarlo (Bonora, 1990).

Cuando Job eleva su clamor a Dios rescatador, nos expresa García, (1990), aún contra la imagen desfigurada de Yahvé, su lamento se convierte en oración. Y la oración manifiesta que existe una disposición interna y madura para acoger una respuesta, cualquiera que fuera. Será la oración, entendida como un diálogo personal con Yahvé, la que descubrirá a Job el valor pedagógico y perfeccionador de su suplicio.

Tercero, el sufrimiento del inocente sigue siendo un misterio desbordante. Dios, en su respuesta, deja de lado las conclusiones teóricas del diálogo entre Job y sus amigos, para dar paso a una teofanía (una experiencia vital). Lo más significativo de esta teofanía es que,

⁸ La obediencia de la fe consiste en el asentimiento que el hombre, con todo su ser, da a Dios, porque se le ha revelado como el garante supremo de la verdad (CEC 143-144)

a pesar de no aportar una justificación, sino más bien una reprimenda, (Job 38,2 .40, 8), hace que las dudas y toda explicación intramundana del sufrimiento sea relativizada porque el inocente que sufre ha descubierto que Dios realmente le escucha y ante Él puede desahogar su corazón. Y ello, sorpresivamente, desemboca en una alabanza (Job 42, 7 ss.) (Scharbert: 1979).

Job aprende que el sentido de su sufrimiento no se encuentra en una solución meramente doctrinal ensayada por sus interlocutores humanos, solución que deriva en frustración e impunidad, haciendo vano el aguante de su drama; sino más bien que dicho sentido se encuentra en la experiencia desbordante y misteriosa de un Dios que escucha. Yahvé, a través del sufrimiento, ha acrisolado la fe de Job: “sólo de oídas te conocía, pero ahora te han visto mis ojos” (Job 4, 25), ha convertido a Job en intercesor de sus amigos que, paradójicamente, terminaron siendo los que realmente ofendieron a Dios (Job 42, 7-8); y finalmente, por la fidelidad a su siervo, libra a Job de sus males, restituyéndole con creces lo perdido (Job 42, 12-17).

c) El sufrimiento del Siervo de Yahvé.

Estamos llegando al culmen de la interpretación que el AT. hace sobre el sufrimiento, interpretación que surge en un contexto de subyugación extranjera (García, 1970)⁹.

Al final del relato de Job descubrimos que el autor sagrado tiene intuiciones sobre un nuevo valor para el sufrimiento corporal: un valor vicario y salvífico (Job 42, 7-8). Pero serán el Salmo 22, que presenta la figura del “Justo doliente”; y especialmente la perícopa del “Siervo de Yahvé”, en el texto del Déutero-Isaías, los que abordarán directamente el tema (Scharbert,1979).

Nos centraremos en la figura más desarrollada, la del Siervo de Yahvé. Son cuatro fragmentos de Isaías los que hablan de este misterioso personaje (Is 42 1-7; 49, 1-7; 50, 4-9; y 52, 13-53,12) que, luego de cumplir una misión de predicación profética usando la persuasión, termina siendo el intermediario de una nueva alianza entre Yahvé y su pueblo (Is 42, 6-7). Al mismo tiempo tiene un cometido misionero entre las gentes a las que debe llevar el “derecho” (Is 42, 1). Está puesto para ser alianza del pueblo y luz de las gentes usando su boca como espada cortante, un signo de contradicción (Is 42, 2). Todo ello porque tiene la tarea de congregar a Israel de la diáspora (Is 49, 5) y llevar la salvación a los confines de la tierra (Is 49,6) (García, 1970).

⁹ García, (1970), explica que la redacción de los pasajes que mencionaremos está vinculada a la época del destierro en Babilonia y también a la de la invasión griega.

García, (1970), prosigue con la idea afirmando que este Siervo, como profeta, transmitirá fielmente lo que oye de Yahvé, afrontando incluso la opresión de quienes hieren su barba (Is 50, 6). Pero no deberá temer, pues Dios lo protegerá y estará a su lado para defenderlo como su Justificador (Is 50,8). Al final triunfará a través del sufrimiento: “será ensalzado y puesto muy alto” (Is 52, 13), aunque llegará desfigurado, despreciado y abandonado de los hombres, como un verdadero “varón de dolores” (Is 53, 3), que carga con los sufrimientos del pueblo (Is 53,5). Este Siervo, a pesar de no haber cometido maldad, será llevado a la muerte como un malhechor, y “ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado...justificará a muchos...intercediendo por los pecadores” (Is 53, 10-12).

A través del sufrimiento corporal, el Siervo de Yahvé, se ve perfeccionado en su amor a Dios y también transformado en intercesor de sus hermanos, pues, cargando sus culpas, los ha purificado, los ha salvado del justo castigo.

Scharbert, (1979), hace un aporte interesante. Esta nueva visión sobre el valor del sufrimiento también inspirará el sacrificio de los macabeos (2 Mac 7, 37 ss), pero incluyendo una novedad: la esperanza de una recompensa ultraterrena. La recompensa ultraterrena, ligada al valor vicario de los padecimientos, otorgará mayor firmeza a la explicación tradicional del sufrimiento y su sentido, explicación que la teología de la retribución por sí sola no lograba. En el futuro, nos dirá González de Cardedal, (2008), se entenderá que la figura del Siervo, la cual también resuena en el suplicio de los macabeos, son el retrato anticipado de lo que exige una misión salvífica universal en un mundo tiranizado por el mal y el pecado.

Pero ¿quién es este Siervo de Yahvé que salva a través del sufrimiento? Todos los esfuerzos por identificarlo con el mismo pueblo o concretarlo en un personaje de la historia israelita fracasaron. Sólo será el mártir del Calvario quien podrá encajar adecuadamente en la figura del Siervo de Yahvé (García, 1970).

1.1.2. La visión del Nuevo Testamento

Jesús es el corazón del NT., quien lleva a la plenitud la Antigua Alianza y también la comprensión del sufrimiento corporal. Él es presentado como el Mesías prometido, cuya actividad es un incesante acercamiento al mundo del sufrimiento humano (SD 16), aunque

para sus contemporáneos fue un signo de contradicción¹⁰. Sólo su círculo más cercano tuvo la capacidad de entender el alcance real de su obra.

a) Cristo, varón de dolores.

Los que conocieron a Jesús vieron en él al Siervo de Yahvé. Tal como anunciaban las profecías, él era el signo sensible de que Dios no abandona: no sólo curaba enfermedades, sino que recreaba a hombres y mujeres destruidos por el dolor (Lc 4, 18-19). Y, sobre todo, porque en sí mismo probó el cáliz amargo del sufrimiento, abajándose hasta la humanidad herida (De la Peña, 1986).

Siendo Dios se hizo hombre, con un cuerpo ordinario y vulnerable quiso padecer hambre y sed; se conmovió por la tribulación de sus hermanos, lloró ante la muerte de su amigo, lleno de terror ante su pasión exudó sangre y, finalmente, “se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo ... haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Flp 2, 7-8) (Pellicer, 1999; Guardini, 2008).

De este modo, la pasión de Cristo reviste de un nuevo significado al sufrimiento corporal. En primer lugar, porque, a través de la cruz, el sufrimiento del hombre, en el sufrimiento del Hijo, adquiere una intensidad inédita y única por tratarse del mismísimo Creador que, precisamente por ser Dios, también es capaz de abarcar y cargar con el peso total del pecado en sus extensiones personales y universales; sin que por ello su sufrimiento pierda sus dimensiones humanas (SD 17). Hace del sufrimiento humano, en cierto modo, una experiencia sagrada.

Y, en segundo lugar, porque se entiende que la pasión de Cristo no es el resultado de la cólera del Creador, ni de su sed de justicia o venganza; sino más bien el resultado de la libertad del hombre que Dios respeta¹¹, y sobre todo resultado de la apuesta total que Dios hace por la humanidad hasta las últimas consecuencias. Así Dios, a su pesar, soporta la cruz, compartiendo totalmente la condición humana (González de Cardedal, 2008; Guardini, 2008).

Examinado la enseñanza y la vida del varón de dolores es importante aclarar que el sufrimiento, como perturbación del bienestar y consecuencia del pecado seguirá siempre siendo un mal contra el que Dios lucha (los milagros son testimonio de ello), sin embargo,

¹⁰ La efervescencia mesiánica del siglo primero, alimentada por la invasión romana, hizo que la expectación de un mesías davídico, regio y político opacara la de un mesianismo doliente, profético y apocalíptico que Cristo manifiesta en la cruz (Quesnel y Gruson, 2002).

¹¹ La cruz es el desenlace natural del ministerio activo y consiente de Jesús. Un ministerio solidario y proexistente para con sus hermanos, los hombres; fiel hasta la muerte, incluso ofreciéndola en favor de sus verdugos (González de Cardedal, 2008).

precisamente por ser una de las vivencias humanas más densas, es aprovechado para manifestar la densidad de su amor por el hombre, amor que finalmente trascenderá la muerte (Pagola, 2011; Guardini, 2008).

Los primeros seguidores de Jesús entendieron que lo que da valor redentor a la cruz no es el sufrimiento en sí mismo, sino el amor insondable de Dios por la humanidad, amor plenamente manifestado en el ofrecimiento que el Padre hace de su Hijo y en la libre decisión del Hijo, unido al Padre, de entregarse amorosamente por sus hermanos (González de Cardedal, 2008).

En Cristo, la Escritura llega a la plenitud de su itinerario sobre la interpretación del sufrimiento. Dios cumple el anhelo de salvación del hombre, y finalmente, venciendo la muerte, otorga al sufrimiento humano un nuevo significado: lo ha trasmutado en un instrumento de amor, perdón y comunión con Dios, por eso puede redimir. Claro, siempre y cuando el hombre se implique libremente en ello, con todo lo que supone: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mt 16, 24).

b) El discípulo y su configuración con el crucificado.

Las cartas de Pablo serán las que, de un modo particular, lleven a la maduración la teología del sufrimiento desarrollada por el NT. En ellas se despliega una especie de mística del sufrimiento en el camino discipular (Scharbert, 1979).

De Aseujo, (1978) nos dice que para San Pablo la cruz ocupa el centro de la predicación cristiana. Por ella todos los hombres han sido redimidos, reconciliados con Dios, librados del pecado, de la ley, de la muerte y de todos los poderes cósmicos. Jesús, por su sacrificio, nos ha adquirido todos los bienes de salud y ha puesto los fundamentos de su Iglesia. De este modo el mensaje de la cruz se ha convertido, por encima de todo, en mensaje de resurrección y de vida.

En virtud del llamado recibido por Dios, el discípulo, en íntima conexión con Jesús a través del bautismo, se va conformando a la muerte de Cristo (Rom 6, 4 ss), sus estigmas son las señales de Jesús en su propia carne (Gal 6, 17) (Scharbert, 1979). Pero también, tal como León-Doufur, (1996), señala: si el discípulo sufre con Cristo es para ser también glorificado con él (Rom 6, 4; 2 Cor 4,10).

Hemos de agregar que estos textos entienden que el sufrimiento no sólo redunda en bien del discípulo. Si la cruz que llevan es sufrimiento de Cristo, también es sufrimiento por los demás. Tal como dice San Pablo, van completando en su carne lo que le falta a la pasión de Cristo en favor de su cuerpo místico que es la Iglesia (Col 1, 24), consolando con el

mismo consuelo con el que ellos son consolados (2 Cor 1, 5 ss) (León-Dufour, 1996; Guardini, 2008).

También es importante subrayar la centralidad de la expectativa escatológica en el camino discipular, el motivo decisivo que el NT. expone para la superación del sufrimiento corporal. De este modo la cruz personal, unida a la de Cristo, es garantía para el día del juicio (2 Tes 1, 4 ss) y, en comparación con la gloria futura que le espera, es una minucia (Rom 8, 18).

Hemos llegado al final del itinerario ascendente que la Escritura desarrolla sobre el sentido del sufrimiento corporal. El sufrimiento del discípulo, en virtud de la elección que de Dios recibe, no es masoquista, sino un combate activo, una lucha viril por la causa de Cristo (Flp 1, 29), también una manifestación de su amor y fidelidad al Maestro (2 Cor 4, 11), y a sus elegidos (2 Tim 2, 10).

En ninguna parte se enseña un desprecio estoico del sufrimiento o un entrenamiento para hacerse insensible a él; se trata más bien de responder adecuadamente a la entrega total de Dios por la humanidad: al igual que Jesús, amar hasta las últimas consecuencias. Cristo, así, se constituye como el modelo y el sostén de los hombres para afrontar el sufrimiento (Heb 2, 10. 14-15).

1.2. La experiencia del sufrimiento corporal en la tradición de la Iglesia

1.2.1. Reflexiones de la teología patristica

Los Padres de la Iglesia, secundando la enseñanza de la Escritura, también abordaron el tema del sufrimiento corporal, el cual tiene en la persecución y el martirio una de sus manifestaciones más grandes para la Iglesia, particularmente los acaecidos entre el I y IV siglo.

Entre los textos que abordan la cuestión podemos subrayar los de Tertuliano, quien inicia, con su *exhortación a los mártires*, una serie de escritos sobre el martirio que se multiplicarán durante el s. III en autores como Clemente de Alejandría, Orígenes y Cipriano. Sin embargo, hemos de realzar dos testimonios cruciales para la Iglesia, a tenor de su ejemplaridad y significado teológico-litúrgico. Nos referimos a los escritos de Ignacio de Antioquía, precisamente en su *Carta a los Romanos*, y el *Acta de los mártires* (Sotomayor y Fernandez, 2003; Aguirre, 2010).

a) La teología del sufrimiento en San Ignacio de Antioquia¹².

Trevijano, (1994), nos dice que para entender la reflexión de Ignacio hay que situarla en su contexto vital: la persecución y la lucha contra el docetismo¹³. Ante la herejía, Ignacio defiende la corporeidad de Cristo y su valor en la obra de la redención. Precisamente, la realidad de la encarnación, es la que posibilita su vínculo especial con todo hombre, particularmente con el que sufre.

Este vínculo es el eje del misticismo de san Ignacio, el origen de su ideal y de su imitación de Cristo, particularmente en su pasión (A los filadelfios 7,2). Sobre ella se construyen una serie de relaciones que fortalecen al cristiano y a su comunidad; relaciones que finalmente explican el sentido del sufrimiento corporal de los que se inmolan por amor a Jesús (Romero, 1999).

Primero, el martirio y Cristo. La imitación no sólo consiste en la observancia de la ley moral de acuerdo con las enseñanzas de Cristo, sino también en conformarse libre y personalmente a su pasión y muerte.

Escribo a todas las iglesias y les dejo bien claro que voy de buen grado a morir por Dios... Dejádme ser pasto de las bestias, por las que podré alcanzar a Dios. Trigo soy de Dios y he de ser molido por los dientes de las bestias para que resulte puro pan de Cristo...Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios (A los romanos 4,1; 6,3).

Esta imitación, tal como lo refiere el pasaje que acabamos de citar, se traduce concretamente en solidaridad, seguimiento e imitación perfecta de la pasión (Romero, 1999).

Precisamente, a través de la imitación de Cristo en el martirio, se llega a ser verdadero discípulo de Cristo (A los romanos 4-6; A los efesios 3,1), verdadero *theóphoroi* y *christóphoroi*, expresiones propias del lenguaje de Ignacio que significan ser portadores de Dios y portadores de Cristo; razón por la cual también se convierten en portadores de la salvación. (Di S. María y Cappelletti, 1983; Sesé, 2008).

Segundo, el martirio y el Padre. El martirio es incomprendible si no tiene su origen en la voluntad de Dios. Por consiguiente, se trata de un don, y como tal Ignacio lo pide y

¹² Eusebio de Cesárea nos da las siguientes noticias sobre Ignacio: fue obispo de Antioquía en tiempos de Trajano. Llegó a escribir siete cartas dirigidas a Éfeso, Magnesia, Trales, Roma, Filadelfia, Esmirna y una al obispo Policarpo. Según la tradición, fue enviado de Siria a Roma para ser arrojado a las fieras como mártir cristiano. El advenimiento de su propio martirio, acaecido alrededor del 107, es el telón de fondo que inspira sus escritos, particularmente el de la carta a los romanos. Su teología del martirio influenciará en gran medida la espiritualidad de la Iglesia primitiva (Trevijano, 1994; Aguirre, 2010).

¹³ El docetismo corresponde a un sincretismo griego de base dualista que aspiraba a una salvación puramente espiritual del alma inmortal. Ignacio enfrenta estos problemas desde la tradición, que es firmemente encarnacional y sacramental (Trevijano, 1994).

hace que otros lo pidan también por él (A los romanos 1,1). Pero ¿hacia dónde apunta el don que pide? hacia una íntima comunión con Cristo, y en Él, con el Padre (A los romanos 2, 2) (Romero, 1999).

Tercero, el martirio y el Espíritu Santo. Romero, (1999), nos da a conocer que para Ignacio en el mártir se percibe de modo insuperable y claro la donación del Espíritu, Espíritu que ha venido sobre todos los creyentes vinculándolos íntimamente a Cristo y su cuerpo, la Iglesia.

Y cuarto, el martirio y la Iglesia. Entre el mártir y la Iglesia se establece un lazo recíproco. Las cartas de Ignacio testimonian cómo la Iglesia se ocupa y preocupa del cristiano en su camino martirial; y por otro lado cómo el mártir corresponde a ella con una actitud agradecida, interesándose por los problemas de las comunidades, y ofreciendo su sacrificio también por ellas (Romero 1999; Trevijano 1994).

b) La teología del sufrimiento en las Actas de los Mártires¹⁴.

Ayudados de Trevijano, (1994), resumimos de la siguiente manera los puntos más importantes que desarrollan las Actas sobre el sufrimiento corporal:

Primero, a través del suplicio se obtiene el cielo, y aunque el camino es duro no están solos, Dios los fortalece. Podemos mencionar, por ejemplo, el Acta de San Justino y sus compañeros:

El prefecto dice a Justino: Si fueres azotado y decapitado, ¿crees que subirás al cielo? Justino dijo: Lo espero por el aguante, si aguanto. Pues sé que a los que viven con rectitud les asiste un don divino hasta la consumación” (5, 1-6).

Segundo, el martirio, en virtud de la unión con Cristo, es signo de elección y salvación, lo cual, a pesar de la angustia, engendra gratitud. Ponemos como ejemplo un fragmento del martirio de los santos escilitanos:

El procónsul Saturnino dijo: ¿Qué lleváis en vuestra bolsa? Esperato respondió: Libros y cartas de un hombre justo llamado Pablo...El procónsul Saturnino leyó su sentencia de una tablilla: ya que les ha sido ofrecida la facultad de volver a la costumbre romana y se han empeñado en su obstinación, que mueran a espada. Esperato dijo: Damos gracias a Dios. Nartzalo dijo: Hoy seremos mártires del cielo. ¡Gracias a Dios! (14-15).

¹⁴ Estos textos debieron formarse temprano, ya que los martirios se propusieron a la comunidad con objetivos edificantes. Por Eusebio sabemos de dos colecciones, en las que estaba tanto el material más antiguo como el de los martirios de la época de Diocleciano y Licinio. Con el reconocimiento del cristianismo cesó la razón de los martirios y comenzaron las leyendas, las cuales también tuvieron un propósito edificante y que se incluyeron en algunas ediciones. Una distinción que ha llegado a hacerse clásica por su sencillez y claridad es la que diferencia tres tipos de documentos en el Acta: 1) Las *Acta* en forma de protocolos judiciales, 2) Las *Acta* en forma de narración y 3) Las leyendas (Trevijano, 1994).

Tercero, el martirio es la máxima realización de la imitación de Cristo, luego, es algo loable y digno de ser deseado. Exponemos como ejemplo el texto del Martirio de San Policarpo: “Os escribimos, hermanos, acerca de los mártires y, señaladamente, del bienaventurado Policarpo...(quien) sufrió un martirio excelso, y todavía es llamado maestro por el pueblo. Todos hemos de desear seguirle, conforme al ejemplo de nuestro Señor” (1.15).

Cuarto, no sólo es el mártir quien sufre, sino también Cristo salvador en él, lo cual redundará en favor del propio mártir y los demás. El texto de la Pasión de Perpetua y Felicidad son una exposición de ello:

Ahora soy yo quien sufro lo que sufro; pero allí habrá otro en mí, que padecerá por mí ya que yo también estaré padeciendo por él. Así dio a luz a una niña, que una hermana suya tomó por hija (Felicidad sufriendo el parto prematuro de su hija en la cárcel a causa de su fidelidad a Cristo) (15,5-7).

La explicación teológica del sufrimiento corporal a través del martirio que hemos expuesto se puede sintetizar de la siguiente manera:

Primero: la persecución y el martirio, desde punto de vista de Dios, resulta en un bien. Logran despertar la fe personal y comunitaria, intensificando la vida cristiana a través de una íntima comunión con Cristo; y manifiestan la gracia y el poder de Dios, capaz de transformar el suplicio en instrumento de redención. (Di S. Maria y Cappelletti, 1983).

Segundo: tal como señalan Di S. Maria y Cappelletti, (1983), es importante aclarar que para los padres el martirio, a pesar de ser una gracia inestimable, sin embargo, sólo se obtiene por un homicidio, lo que de suyo desagrada al Señor; por tanto, colaborar con él no está bien.

Tercero: también los padres insisten en la necesidad de una preparación para el martirio, al que, por otra parte, los cristianos podían ser llamados en cualquier momento. No se trata de una búsqueda masoquista del mismo, sino de disponerse interiormente a este llamado (Di S. Maria y Cappelletti, 1983).

Cuarto: es aconsejable imitar su ejemplo, lo que en definitiva es imitar a Cristo en su martirio por amor. Así como ellos oraban unos por otros, pedían oraciones a los fieles, rogaban insistentemente a Dios por el retorno de los hermanos apóstatas, encomendaban a toda la Iglesia en sus plegarias, y perdonaban, como Jesús, a sus propios verdugos; el resto de la Iglesia debe seguirlos (Di S. María y Cappelletti, 1983).

1.2.2. La reflexión escolástica de Santo Tomás de Aquino

a) Sobre la naturaleza del sufrimiento.

Otro punto de inflexión sobre el tema del sufrimiento corporal lo encontramos en la obra de Santo Tomás de Aquino. En su *Summa Theologica* realiza un examen más detallado sobre la naturaleza y propósitos del sufrimiento.

Santo Tomás de Aquino, para explicar el sufrimiento, parte del problema del mal. El mal se puede definir como la privación de un bien para un ente, una imperfección. (S. Th., I, q. 13 a. 10). El mal considerado así puede residir en dos lugares: en la propia naturaleza del ente, o bien en su relación con un determinado fin. En ambos casos el mal causa sufrimiento en el sujeto (Torralba, 2007).

El sufrimiento aparece en el sujeto como la percepción de esta imperfección, de esta privación de bien; ya sea por defecto propio de la naturaleza, como la sordera o la ceguera, o ya sea en la relación del sujeto respecto a su fin. Con ello podemos afirmar que el sufrimiento siempre será una cuestión de percepción, percepción de un sujeto capaz de padecer y advertir la presencia del mal (Torralba, 2007).

La vivencia del sufrimiento también se ve condicionada por el tipo de mal que el sujeto perciba: físico (corporal) o espiritual (anímico); y por la forma en que este mal se produzca: producido de una manera natural (un dolor de muelas), o de una forma voluntaria (una autolaceración). (Torralba, 2007).

Que existan diversos tipos de mal, según su focalización e intensidad, hace posible que existan tipos de sufrimiento.

Primero, según la focalización del mal, el sufrimiento llega a ser interior o exterior. El exterior es el que tenemos a través de los sentidos externos, básicamente del tacto (una quemada, un pinchazo, etc.). El interior, en cambio, es el que viene propiciado por las facultades internas del sujeto, la inteligencia, la memoria y la imaginación. (S. Th., I-II, q. 35 a. 2). (Torralba, 2007).

Lo último que acabamos de decir explica por qué el dolor interno siempre tiene un alcance más amplio que el externo. En efecto, el dolor externo aprehendido por los sentidos exteriores, dura lo que dura el mal y basta. El dolor interno, en cambio, por la facultad cognoscitiva interior que puede percibir el presente, el pasado y el futuro, no tiene límites de duración. (Torralba, 2007).

Segundo, la intensidad del sufrimiento. Aunque en gran medida dependa de la subjetividad, objetivamente está condicionada al tipo de mal que se perciba. Cuando el bien

perdido es de carácter espiritual, como la virtud, el honor, la amistad u otros valores, se produce sufrimiento interior. Este incide particularmente sobre el *pathos* humano y acapara también los sentidos y la capacidad de gozar, de amar y de conocer (S. Th., I-II, q. 37).

Sin embargo, cuando el bien perdido es de carácter físico, como es el caso de una parálisis, entonces el sufrimiento es doble: exterior (los sentidos que experimentan la privación de una forma violenta), y además interior (pues el hombre tiene la capacidad de poner en perspectiva su dolor físico, es decir que considera su presente y futuro en relación al mal que le aqueja) (Torralba, 2007).

El hombre, a tenor del rechazo natural al sufrimiento, buscará siempre formas de mitigarlo. Santo Tomas examina cuatro cosas que lo logran: La consecución de una delectación, el llanto, la compasión de los amigos, la contemplación de la verdad y finalmente el sueño y los baños (S. Th II-II, q. 38).

b) Sobre la causa y destino del sufrimiento.

Luego de haber examinado la naturaleza del sufrimiento la cuestión de su sentido aún queda abierta y Santo Tomas, de acuerdo con la revelación, intenta darle una explicación. Al respecto Lobato, (2001), nos dice que Tomas de Aquino enseña que el pecado es la causa del sufrimiento, pero no de forma directa, sino indirecta, ya que antes del sufrimiento está la aparición de un mal, un mal que no siempre acaece por la voluntad del hombre que peca.

El pecado destruye un plan divino que, graciosamente, dotaba al hombre de las cualidades que iban más allá de sus exigencias naturales (es decir su ser contingente que, de cierta forma, lo coarta haciendo que padezca su condición material como ser finito, corruptible y, por ello, vulnerable). Pero por la misma fuente, Santo Tomas, también afirma que la redención devuelve al hombre, con creces, aquellas cualidades (Lobato, 2001) .

Es gracias a la redención que el sufrimiento adquiere un nuevo significado. Muestra de ello son los sufrimientos de los mártires, en los cuales Santo Tomas descubre:

Primero, un acto de virtud. En cuanto se mantiene firme en la verdad y en la justicia contra los ataques de los perseguidores, siendo estas dos características lo propio de la virtud (S. Th., II-II, q. 124, 1).

Segundo, un acto de la fortaleza. En cuanto que mantiene firme al hombre en el bien de la virtud al no abandonar ni la verdad de la fe ni la justicia ante el peligro de muerte en una especie de combate particular, siendo estas características lo propio de la fortaleza (S. Th., II-II, q. 124, 2)

Y tercero, el acto de mayor perfección. En cuanto que, entre todos los actos virtuosos, es el que más demuestra la perfección de la caridad, ya que tanto mayor amor se demuestra cuanto más amada la cosa que se desprecia por ella (la vida propia), y más odiado lo que se elige (la propia muerte) (S. Th., II-II, q. 124, 3)

A causa de la adhesión al sufrimiento de Cristo, el sufrimiento del mártir, a modo de bautismo de sangre (S. Th, III, q.66, 12), confiere la gracia santificante, borra los pecados (actuales y el original) y perdona toda la pena, incluso temporal, a ellos debida; por lo que el mártir va al cielo sin pasar por el purgatorio. (S. Th., III, Apéndice del tratado de la Fortaleza, s.f.)

1.3. El sufrimiento corporal en el magisterio de la Iglesia

1.3.1. Reflexiones del Concilio Vaticano II

“Sentimos en nuestros corazones de padres y pastores vuestros gemidos y lamentos” (Vaticano II, 1965). Estas son las palabras del Concilio dirigidas a los que sufren en su “Mensaje del Concilio a la Humanidad”. Esta frase manifiesta el lugar especial que los enfermos, los pobres y todos los que de alguna forma sufren, ocupan en la meditación del Vaticano II. A continuación, exponemos sus principales reflexiones.

a) Lumen Gentium

El documento nos presenta las siguientes ideas: Cristo realizó la redención mediante la obediencia, la pobreza, y la muerte (LG 3). Esta redención está dirigida a todos los hombres y se consolida mediante a la unión con Cristo. La Iglesia tiene un papel central en ello, pues está llamada a seguir a Jesús, comunicando a los hombres los frutos de la salvación (LG 8).

La renovación de la obra de salvación y el vínculo de unidad con Cristo del que hablamos en el párrafo anterior, es un llamado que todo discípulo recibe y se realiza de modo singular a través de la Eucaristía, celebración del sacrificio de Cristo (LG 3).

Los discípulos, auxiliados con la gracia y los sacramentos, deben mantener y perfeccionar en su vida la santidad que ha recibido. Lo que, en palabras de San Pablo, significa vivir como elegidos, revistiéndose de entrañas de misericordia, humildad y paciencia (Col 3, 12), sobre todo cuando se tenga que sufrir, siguiendo las huellas de Cristo y amoldándose a su imagen (LG 40).

De este modo el discípulo se hace semejante al maestro que libremente acepta la cruz por la salvación del mundo. Esta conformación conduce a una verdadera práctica ascética y, en última instancia, al martirio, siempre que fuera exigido. Por este motivo los cristianos deben cultivar la disposición interna a dar testimonio de Cristo ya sea a través su sangre o con el ejercicio crucificador de las virtudes en medio de las tribulaciones cotidianas (LG 42-50). Por ejemplo, el enfermo soporta con amor su dolencia, la inactividad humillante y demás sufrimientos que derivan de ello; y lo hace acompañado de Cristo paciente por la salvación del mundo. Esto no demuestra menor virtud que aquel que ofrece su vida por medio del verdugo (LG 41).

Finalmente se debe considerar que la aceptabilidad y eficacia de esta imitación proviene del amor. Primero, del amor de Dios por los hombres manifestado en el sacrificio de Cristo (LG 45); y segundo, por la disposición del hombre para aceptar y perseverar en la caridad (LG 14). Precisamente es el amor lo que confiere valor al martirio, convirtiéndolo en el don por excelencia (LG, 42). Los mártires reflejan el rostro de Cristo, sus vicisitudes nos enseñan a ser testigos fieles de la Verdad. Por ello la Iglesia los venera, son los exponentes más eminentes y auténticos del cristianismo (LG 50).

b) Gaudium et Spes

Este documento nos aclara que Cristo, con su encarnación, en cierto modo también se ha unido con cada hombre. Trabajó, pensó, actuó, sufrió y amó como hombre. Y con su sangre derramada nos ha merecido la vida, reconciliándonos, en él, con Dios y entre nosotros (GS 22).

Tan sólo en el misterio del verbo encarnado se puede entender el misterio del hombre, lo cual involucra sus sufrimientos (GS 22).

No sólo nos dio ejemplo para que le sigamos, sino que también nos abrió un camino en cuyo recorrido la vida y la muerte son santificadas a la par que revisten un nuevo significado. Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y la muerte, que fuera de su evangelio, nos oprime. Con su muerte y resurrección nos dio nueva vida, descubriendo nuestra vocación altísima: ser hijos en el Hijo de Dios, pudiendo decir en el Espíritu; *Abba*, Padre (GS 22).

De este modo la humanidad entera, y especialmente el cristiano, recibe una llamada particular a construir la “civilización del amor” (GS 53), que no es otra cosa que hacer presente el Reino. Una llamada que también surge como una reacción frente al pecado del

hombre que lo aleja de Dios y provoca su propia esclavitud, crisis, desigualdades y miserias (GS 53).

El Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma sólo por Dios conocida, lleguen asociarse al misterio pascual de Cristo. Y con mayor responsabilidad, el cristiano (GS 22). Él tiene la necesidad y el deber de luchar contra el mal a través de muchas tribulaciones (GS 22), y siendo solidario, como Cristo, con los sufrimientos del mundo, preferente mente con los pobres, en los que el mismo Señor se encuentra (GS 88).

c) Mensaje del Concilio a toda la humanidad

A continuación, las principales ideas de este documento. Primero, Cristo no suprimió el sufrimiento y tampoco quiso desvelar completamente su misterio, sino más bien prefirió tomarlo sobre sí y eso es bastante para que podamos comprender su valor.

Segundo, los que de forma anónima y con mayor fuerza sienten el peso del dolor (pobres, desamparados, los que lloran, los perseguidos por la justicia, etc.) son los preferidos del Reino, los hermanos de Cristo paciente y, con él, si quieren, pueden salvar al mundo.

Tercero, no están solos ni desamparados, son los llamados por Cristo, son su viviente y trasparente imagen. Por eso también el Concilio los saluda con amor, les da las gracias, les asegura la amistad y asistencia de la Iglesia y los bendice.

Cuarto, la Iglesia, de este modo, ofrece para el doliente la única verdad capaz de responder al misterio del sufrimiento y de dar alivio sin engaño: la fe y la adhesión al Varón de dolores, quien, por su cruz y resurrección, nos ha salvado.

1.3.2. Juan Pablo II y el sufrimiento en la encíclica *Salvifici Doloris*¹⁵

a) El mundo del sufrimiento.

El sufrimiento ha acompañado al hombre durante toda su historia, incluso podemos afirmar que la naturaleza humana es una naturaleza doliente (Barrajon, 2006). Al constatar esta realidad, Juan Pablo II reflexiona y dice que casi podemos hablar de todo un mundo que coexiste con el hombre (SD 5). Este es el mundo del sufrimiento, sufrimiento que es pluridimensional, afectando física, psíquica y espiritualmente al hombre en su subjetividad (SD 5), pero también a una escala interpersonal y social (SD 18).

¹⁵ Hemos decidido tomar a Juan Pablo II y su encíclica *Salvifici Doloris* por dos motivos: Primero, por la experiencia vital de Juan Pablo II; una persona atravesada por el sufrimiento: perdió a toda su familia siendo joven, padeció los horrores de la II guerra y su ministerio estuvo marcado por una profunda entrega a pesar de la enfermedad (Dziwiszt, 2014; Filomena, 2011). Y segundo, por el desarrollo teológico de esta encíclica escrita con ocasión del Jubileo de la Redención de 1983; un texto único en su género y contexto que se dedica específicamente a desarrollar el tema del sufrimiento.

El mundo del sufrimiento se despliega, por tanto, como un trasfondo maligno (SD 15) que reclama un sentido y, sin embargo, también descubre una compatibilidad propia, que hace que los hombres dolientes se hagan semejantes entre sí (SD 8), que los lleva a ser solidarios y a un imperativo de fe (SD 4).

Y desde la fe la pregunta por el sentido del sufrimiento cambia de panorama. Juan Pablo II, siguiendo la experiencia de los creyentes y movido aún más por su propia experiencia vital, nos propone que nos arriesguemos dirigiéndola el interrogante a Dios (SD 31).

b) La respuesta de Dios al sufrimiento.

Job es uno de los personajes que mejor encarna el problema del sufrimiento, esta es la razón por la que Juan Pablo II reflexiona sobre él, pero lo hace releyéndolo desde Cristo, quien es la respuesta definitiva de Dios al sufrimiento humano.

Job, con quien aprendemos que no todo sufrimiento tiene carácter de castigo pues puede tratarse de una prueba de fe (SD 11), aparece ahora como prefiguración Jesús (SD 18). Cristo, como nuevo Job, responde a la pregunta del sufrimiento desde la teofanía de la cruz, pero ya no en su sentido temporal y múltiple, sino en su sentido fundamental y definitivo (SD 14). Jesús no sólo da respuesta al sentido del sufrimiento a través de su magisterio y su acercamiento a los dolientes, sino, sobre todo, con su propio martirio que encuentra en el amor su motivo.

El amor de Cristo en la cruz dota de sentido y elocuencia al sufrimiento: en cuanto somos capaces de comprender la sublimidad de este amor también lo somos del “por qué” del sufrimiento (SD 13). En efecto, así como la verdad del amor desvela la verdad del sufrimiento, la verdad del sufrimiento también desvela la verdad del amor (SD 18).

Esta elocuencia que ofrece el amor no termina con la muerte: “La elocuencia de la cruz y de la muerte es completada (...) por la elocuencia de la resurrección” (SD 20); ni en el propio sujeto, porque se trata de un amor que llama a la comunión y a la solidaridad (SD 30). El cristiano tiene en Jesús el modelo.

De esta manera el mundo del sufrimiento humano se convierte, con el Crucificado Resucitado, en una Buena Noticia, en “Evangelio del sufrimiento” (SD 19).

c) El evangelio del sufrimiento.

El “Evangelio del sufrimiento”, explica Juan pablo II, es la revelación de la fuerza salvadora del amor y del significado salvífico del sufrimiento en la misión mesiánica de Cristo, misión que continúa en la Iglesia (SD 25).

Con el amor manifestado en la cruz, Cristo ha elevado el sufrimiento humano a nivel de redención. Consiguientemente, todo hombre, en su sufrimiento, puede hacerse también del sufrimiento redentor de Cristo (SD 19).

El valor salvífico del sufrimiento es otorgado por el amor de Cristo empapando la cruz. El sufrimiento puede ahora trascender para convertirse en puerta de acceso al Reino, tanto para el que sufre como para los que lo rodean, porque Cristo quiere unirse a todos. De este modo, en Cristo, cada sufrimiento humano se hace fecundo, hacedor de la redención y difusor de la misma (SD 24).

...

El objetivo de este primer capítulo ha sido el de exponer cómo el hombre de fe, desde su encuentro con Dios, intenta definir el sufrimiento corporal, exponer sus causas y su finalidad.

En este sentido, hemos descubierto que, para el creyente, la única forma de encontrar un significado para el suplicio es a través de un viaje existencial de maduración, un viaje que sólo desde Dios se puede completar, pues la persona, con sus propias fuerzas, es incapaz de trascender su drama: el sufrimiento se presenta ante él con un trasfondo maligno, histórico, universal e inevitable, que le causa un rechazo natural y ante el cual sucumbe con impotencia.

En cambio, desde Dios, el hombre de fe es capaz de re-definir la comprensión de sus padecimientos: el sufrimiento corporal aparece ahora como parte del desorden que el pecado introduce en el mundo y con el que Dios lucha, llamando incesantemente a los hombres a que también se unan a Él en esta cruzada; pero al mismo tiempo el creyente experimenta que es posible hacerle frente porque el Creador, encarnándose, ha querido abrazar el sufrimiento.

La respuesta divina a este drama humano no ha consistido en una contestación teórica o en la simple extinción del padecimiento, sino más bien en la transformación del suplicio en teofanía, es decir, en una experiencia personal de amor divino, un amor incondicional por la humanidad que está herida y necesitada de salvación.

El amor de Dios, manifestado plenamente en el Crucificado, es lo que, en definitiva, confiere sentido al sufrimiento corporal y posibilita un vínculo singular con Él. Desde Cristo y con Cristo todo sufrimiento humano, y particularmente el del cristiano, que se halla unido a Jesús por el bautismo, se eleva, adquiere una dimensión sagrada y se hace fecundo.

Así, para el creyente, lo que comenzó como un inevitable drama existencial ocasionado por el pecado, en el Hijo encarnado se reviste de una finalidad pedagógica, purificadora y redentora, lo cual redundará positivamente a nivel personal y también universal.

Sin embargo, aunque todo sufrimiento humano ya ha sido transformado por Cristo, este no podrá alcanzar la fecundidad esperada si el que sufre se cierra a un encuentro personal con Dios. En efecto, se necesita del consentimiento humano para que Jesús obre el cambio, un consentimiento que, en la coyuntura actual, se ha visto condicionado por el materialismo y hedonismo. Frente a ello, y ante el imperativo de un sentido para el sufrimiento, urge examinar si la nueva mentalidad es capaz de dar un cierre satisfactorio al problema existencial que estamos tratando. Este será el objetivo de nuestro próximo capítulo.

CAPÍTULO 2

LA EXPERIENCIA CONTEMPORÁNEA DEL SUFRIMIENTO CORPORAL

El presente capítulo se ocupará de abordar la experiencia del sufrimiento en el mundo contemporáneo, el cual, a través de un nuevo esquema valores, reacciona negativamente a las propuestas tradicionales, entre ellas la experiencia del creyente.

Tres grandes puntos conforman este apartado: Primero, la presentación del panorama actual y el sistema de valores del hombre postmoderno. Segundo, la lectura que hace la sociedad postmoderna sobre la naturaleza y el significado del sufrimiento corporal. Y tercero, las reacciones del hombre postmoderno al sufrimiento corporal.

La intención de este desarrollo es la de conocer cómo sufre el hombre contemporáneo y averiguar si la respuesta que da al problema del sufrimiento corporal desde su nueva mentalidad le otorga un cierre satisfactorio.

2.1. El panorama actual¹⁶

2.1.1. *Una nueva época*

Junto con los grandes progresos de la ciencia, la técnica y la comunicación, la sociedad actual o postmoderna ha alcanzado cierto grado de estabilidad material y ha provocado un despertar de conciencias dormidas en planos esenciales como derechos humanos, justicia social, igualdad de oportunidades, conciencia ecológica y un alto nivel de bienestar y confort (Rojas, 2000).

Pero el desarrollo también ha acentuado elementos negativos como el materialismo y una ética hedonista cuyas notas esenciales son el consumismo, la permisividad, revoluciones sin finalidad y el descompromiso. Hay un rechazo de los valores tradicionales y de la fe por considerarlos anticuados, poco prácticos y opresores (Rojas, 2000; García et al., 1996).

¹⁶ Hemos tomado como referencia las reflexiones del médico católico Enrique Rojas, catedrático de psiquiatría en Madrid y ex director del Instituto Español de Investigaciones Psíquicas, en su libro “El hombre light”. La razón de ello radica, en primer lugar, en que su trabajo se ha centrado en el tratamiento de la depresión y ansiedad, temas afines con la experiencia contemporánea del sufrimiento que ahora nos interesa abordar, y, en segundo lugar, porque su trabajo va precedido por su experiencia cristiana.

Por ejemplo, tal como observa Peña (1999), para la mentalidad hedonista de hoy los cristianos, con su mística de la cruz, son seres que aceptan fatalmente su destino, y que incluso buscan sufrir para robustecer su fe. Alzan la bandera de un dolorismo innecesario, e incluso enfermizo, que categóricamente debe ser rechazado.

Este es el panorama actual y Rojas (2000), usa el termino *light*, ya común en nuestra cultura, para representar la sociedad postmoderna que acabamos de describir. ¿La razón? Lo *light*, ligado al rubro del comercio de alimentos de poco valor energético con fines de salud o moda, lleva implícito la doctrina de la nueva ética hedonista: es preferible lo ligero, lo suave, lo descafeinado, con bajo contenido calórico, lo débil. Lo *light*, pues, describe la paradoja de la postmodernidad: sobreabundancia material y decaimiento de lo esencial.

De este modo, la actual sociedad occidental, en cierta manera, ha perdido el rumbo. La discusión contemporánea está vacía de significado. Se debate sobre derecho, igualdad y ecología, pero sin densidad ni compromiso real (Rojas, 2000).

Rojas, (2000), continúa con la idea anterior y señala que también los medios de comunicación se prestan para informar, mas no para formar, y las grandes interrogantes de la existencia, la angustia, la injusticia, la muerte y el sufrimiento prefieren evitarse o disimularse. Una prueba de ello, nos refieren García et al. (1995), es la creencia generalizada de que la ciencia hará posible un mundo sin sufrimiento, la pretensión de alcanzar la madurez sin luchar.

Estamos en la era de lo plástico, otro término que describe la postmodernidad. Este es el nuevo signo de los tiempos: usar y tirar. Hay un nuevo tipo de héroe: el triunfador; con poder, fama y buen nivel de vida, pero hostil, sin vínculos y descomprometido. Al final, un humano reducido a objeto, un gran consumista cuyo propósito en la vida es despertar admiración o envidia (Rojas, 2000).

Rojas, (2000), continúa describiendo la sociedad *light*: es un grupo humano indiferente debido a la saturación. Hay de todo en exceso, con lo que al hombre le da igual atenerse a una cosa en particular. Camina sin verdades absolutas o creencias firmes. Se vuelve indiferente. Su lema es no exigir demasiado y alcanzar una tolerancia absoluta. La gran deserción de compromisos, a excepción del que se tiene consigo mismo, es una muestra de este fenómeno. El hombre se convierte prácticamente en un megalómano.

Es una sociedad empapada de nihilismo, de un progreso para el placer y no para el ser. El hombre no tiene vínculos, solo vive para sí, para el goce sin restricciones, sin apuntar a nada en concreto (Rojas, 2000).

Un hedonismo imperante, el ascenso del individualismo y una apabullante frivolidad pueden sintetizar las notas características de la sociedad *light*. Todo se vuelve epidérmico y tópico. Lo importante es producir, seducir, divertir. Esto trae como consecuencia una mediocridad personal y comunitaria (Rojas, 2000).

¿Cuáles son las consecuencias de una sociedad *light*? En el libro “El hombre *light*”, Rojas (2000), nos ayuda a responder la pregunta. Nosotros sintetizamos su réplica de la siguiente manera:

La banalización de la existencia. En la era de la indiferencia la vida estorba, entonces hay que arrancarla o intentar borrarla. La vida ahora oscila entre la teatralidad de los medios de comunicación y una apatía generada por la ambigüedad y tibieza de las convicciones.

Una tendencia a biologizar y psicologizar todo. ¿Por qué? Es una reacción frente a la paradoja de la postmodernidad: información que no forma, placer que no produce alegría, lucha por la libertad que no libera. Se buscan argumentos que puedan dar una explicación, un conocimiento que logre dar cierta tranquilidad, aunque sin intención de compromiso, de cambio. Una forma de mitigar el problema y silenciar su contexto (Antón, 2017).

La socialización de la inmadurez. La persona, sobre-estimulada y sobre-informada, ha perdido la capacidad de hacer una síntesis adecuada de sus experiencias vitales, y sin poseer criterios sólidos a los cuales atenerse, vaga por la vida sin rumbo. La inmadurez individual se ha vuelto común.

La pérdida de fe en el futuro. Una humanidad inmadura, endeble, indiferente y permisiva, tiene un futuro sombrío. No hay ideales por los cuales valga la pena arriesgarse.

Incapacidad para un amor auténtico. El amor da sentido a la vida, mueve al hombre a trascenderse para encontrar a la persona amada, incluso soportando toda clase de contrariedades si es necesario. Una sociedad decadente y opulenta hace al hombre egoísta, mutila a las personas en su capacidad de trascenderse y comprometerse hasta el sacrificio.

En definitiva, el nacimiento de un hombre *light*. La sociedad actual, según lo descrito, está enferma¹⁷. Hay una epidemia de rupturas: dramas conyugales, grupos marginados, pobreza, drogadicción, guerra, los cuales terminan siendo aceptados sin más.

De ello emerge un tipo de sujeto que lleva por bandera una tetralogía nihilista: hedonismo, consumismo, permisividad y relatividad. Un hombre que se parece al producto *light* de nuestros días: sin calorías, liviano y con fecha de caducidad. Un hombre *light* de una sociedad *light*.

2.1.2. El hombre light

Rojas, (2000), construye su perfil psicológico: Es un hombre bien informado, pero con escasa educación humana, entregado al pragmatismo y a bastantes tópicos. Su pensamiento es débil, sin convicciones. Está bien informado, pero es menos sabio, sabio en el sentido clásico de término. La sobreinformación producida por la globalización, más que formarlos, los distrae y los convierte en alguien superficial, indiferente y permisivo, alguien donde anida un gran vacío moral.

Es un hombre interesado por todo, pero a nivel superficial, lo que lo ha ido incapacitando para hacer síntesis. Se ha convertido en su sujeto trivial, ligero y frívolo. Ha visto tantos cambios y tan rápidos en un periodo de tiempo tan corto que ya no sabe a qué atenerse, carece de criterios sólidos en su conducta. Por lo que surge en él una indiferencia *sui generis* hecha de curiosidad y relativismo (Rojas, 2000).

Rojas, (2000), nos sigue describiendo al hombre *light*. Su norma de vida se alinea con los valores de la sociedad *light*:

a) El materialismo; hace que el individuo obtenga la validación social por el hecho de ganar dinero.

b) El hedonismo; que es la muerte de los ideales por la búsqueda de sensaciones nuevas y excitantes, cueste lo que cueste.

¹⁷ García et al, (1996), nos dicen que una manifestación clara de ello es la forma de encarar el sufrimiento adoptando la conducta más patológica, desde un punto de vista psicológico, de negar el sufrimiento, negar la realidad.

c) La permisividad; que arrasa con los ideales más elevados, ya no tiene prohibiciones, hay una tolerancia total que considera todo válido y lícito con tal de que a la instancia subjetiva le parezca bien.

d) Una revolución sin finalidad; su ética permisiva sustituye la moral, no tiene objetivos densos ni claros.

e) El relativismo; las reglas son presididas por la subjetividad, luego cualquier cosa puede ser verdad y buena.

f) El consumismo, que es la fórmula postmoderna de libertad.

Un hombre así está escorado. Escorado hacia una progresiva debilidad: indigencia, deseos caprichosos, exageración del ideal materialista, esclavitud por la ambición y hedonismo. Así como escorado hacia su propio yo: busca trascender, pero a su manera; él no es religioso ni ateo, sino que construye una forma particular de espiritualidad, escogiendo o desechando los valores de la tradición y la fe según le convenga, pero eso sí, cuidando mucho su apariencia de hombre trascendido, aunque en el fondo está vacío (Rojas, 2000).

Es un hombre que está cansado de la vida. Tiene una fatiga por exceso de consumo e hiperestimulación que no le llevan a nada, pero también por verse arrojado a la inevitable lucha con los reveses y frustraciones de la vida, para los cuales, por su falta de densidad, no está capacitado para enfrentar, y por ello simplemente busca mitigarlos, sin hacer una síntesis. Entra en crisis (Rojas, 2000).

Finalmente, es un hombre que vive de espaldas al sufrimiento y a la muerte, hace como si no existieran. El sufrimiento y la muerte son tabú, por lo que su irrenunciable presencia es reemplazada por una sexualidad y erotismo exaltados, o también por un consumismo psicológico, el cual está encaminado a cultivar su narcicismo. Quiere saber cómo es la geometría de su personalidad, pero sin interés real en un cambio sustancial (Rojas, 2000).

El vivir de espaldas al sufrimiento ha generado también en el hombre *light* escasa capacidad para tolerarlo, o lo que sería lo mismo, una hiper sensibilidad al mismo como consecuencia de una vida hedonista. Actualmente se usan sistemáticamente psicofármacos

para suprimir las molestias de la cotidianidad, para disminuir el temor o nerviosismo (García et al. 1996).

2.2.El sufrimiento en el panorama actual

Tal como describimos en los apartados anteriores, en la actualidad hay una tendencia a descartar las explicaciones tradicionales, en las que muy bien encaja la experiencia del creyente frente al sufrimiento que en el capítulo primero expusimos, explicaciones desechadas por considerálas anticuadas y complicadas.

Siendo fieles a la bandera materialista, hedonista y una curiosidad sin compromiso, hoy se prefiere lo cuantificable por su precisión y simpleza. De este modo, sin disminuir sus resultados positivos, se recurre a la ciencia médica y a la psicología por lo pragmáticas que resultan.

Para la sociedad *light* ya no hay necesidad de abrumadoras elucubraciones sobre el sentido, pues le resulta tedioso y negativamente desbordante; lo mejor es cubrir la necesidad de explicar qué es y buscar como eliminarlo o mitigarlo.

2.2.1. La definición del sufrimiento en la sociedad *light*

En la sociedad *light*, como con el resto de sus reflexiones, el problema del sufrimiento tiende a biologizarse y psicologizarse (Rojas, 2000; Antón 2017). La definición que maneja proviene de la explicación que la ciencia médica y la psicología dan.

Para empezar, es necesario hacer una distinción entre dolor y sufrimiento. Según Consuegra, (2010), el dolor es una experiencia sensorial y emocional no placentera causado por un mal que es contrario al cuerpo y percibido así por los órganos corporales. Se asocia con daño real o potencial a órganos o tejidos.

Así mismo, Goya y Martin, (2010), agregan que su presencia es un mecanismo de supervivencia que se ha desarrollado a lo largo de la evolución, por lo que tanto animales como humanos lo tienen.

Actualmente también se ha aceptado una nueva, curiosa y pragmática definición de dolor: es todo aquello que un paciente dice que le duele (Goya y Martin, 2010).

Consuegra, (2010), también nos señala que el dolor puede variar en su intensidad¹⁸. Así, encontramos dos tipos: a) dolor agudo; que está vinculado a la nocicepción¹⁹, tiene una sola causa y se constituye como una alerta temporal de daño físico o enfermedad. b) dolor crónico; que se presenta cuando un dolor agudo perdura, con o sin evidencia clara de daño en tejidos u órganos, lo cual puede que esté causado por diversos factores como anomalías en el Sistema Nervioso Central²⁰.

El sufrimiento, por otro lado, describe un estado mental padecido por todo individuo que experimenta un dolor físico o mental prolongado (Dantzer, 2004). Se presenta como un malestar generado por la amenaza inminente, percibida o actual, a la integridad o continuidad existencial de la persona; malestar que se manifiesta de manera subjetiva (Cassell, 1995).

Cassell, (1995), nos revela que el sufrimiento puede ser causado por múltiples factores. Estos pueden ser físicos, psicológicos, socioculturales y existenciales, por lo que su tratamiento debe también considerar el estado de salud, la fisiología y el comportamiento del sujeto.

Sin dejar de considerar la centralidad del elemento subjetivo en la vivencia del sufrimiento, podemos señalar una serie de notas características y generales:

a) Ante el hombre el sufrimiento se presenta como una realidad universal. Esto quiere decir que todo ser humano no sólo es vulnerable de padecerlo, sino que irremediablemente, en algún momento de su vida, lo ha de experimentar. El sufrimiento les llega a todos sin distinción de edad, condición socio económica, sexo, etc.

b) Es una realidad inevitable e impredecible; en cuanto que puede presentarse en cualquier momento de la vida de la persona, desde su concepción hasta su muerte (Jordá, 2002). En efecto, toda la vida humana es un constante enfrentamiento al sufrimiento, una búsqueda de evitarlo, hacerlo más llevadero o, en el mejor de los casos, remediarlo (Calvo, 2000).

¹⁸ El dolor puede ser adaptativo, pero deja de serlo cuando está fuera de proporción en relación a la situación y restringe la capacidad de una persona de tener una vida productiva, significativa y funcional (Consuegra, 2010).

¹⁹ Nocicepción se refiere a una serie de fenómenos biológicos desencadenados, por la acción de los estímulos nocivos sobre el organismo, antes de que esa información sea consciente (Calvino, 2004).

²⁰ Ocurre que a nivel biológico los mismos centros nerviosos que registran el dolor pueden ser también fuente de dolor, luego de haber sufrido lesiones o irritaciones como en las enfermedades de la médula, del tálamo y de la corteza cerebral (Montes, s.f.)

c) Y, sin embargo, también se presenta como un estado temporal. Esto debido a que está sujeto a los elementos físicos y corruptibles de la naturaleza; es decir, el sufrimiento físico tiene un carácter pasajero, aunque la experiencia nos demuestra que a veces su presencia resulta devastadora por breve que sea.

2.2.2. Tipos de Sufrimiento en la sociedad *light*

La reflexión contemporánea que acabamos de exponer, a tenor del reconocimiento de las dimensiones de la persona, también elabora una tipología del sufrimiento.

El sufrimiento puede identificarse parcialmente con el dolor cuando su causa es física, y se distingue cuando su causa es psíquica o espiritual. Puede ser iniciado por profundos cambios en el estado físico de la persona, por cambios sociales o por la necesidad de conversión en el campo espiritual (Rodríguez, s. f.).

a) Sufrimiento físico o corporal.

Este es el sufrimiento que está ligado a la condición biológica del hombre, es decir, afecta su cuerpo (Neusch, 1992), y es producido por agentes naturales que desencadenan enfermedad (el Covid-19 por ejemplo), deficiencias físicas, accidentes, el mismo ser humano a través de la tortura, por ejemplo, o la propia negligencia (Consuegra, 2010).

Las manifestaciones de este sufrimiento corporal o físico son el cansancio, la sensación de ardor, laceración, agotamiento, hambre, sed, frío, calor, ruido, etc., razón por la cual fácilmente podemos identificarlo con lo hemos denominado dolor (Consuegra, 2010), salvo por una gran excepción: el componente humano, que hace que la vivencia de un mecanismo evolutivo común tenga una densidad y alcance diferente.

En efecto, el sufrimiento físico en el hombre también suele estar acompañado de un sufrimiento psíquico, porque solamente el hombre, cuando sufre, sabe que sufre y se pregunta el por qué (SD 5. 9).

En el mundo *light* su detección y tratamiento exitoso depende de cuan precisos sean los análisis médicos a la hora de identificar sus causas (Consuegra, 2010; Antón, 2017).

b) Sufrimiento psíquico.

Según Chapman y Gavrín, (1993), describe un estado afectivo, cognitivo y negativo. Es el sufrimiento que perturba emocional o psíquicamente a la persona²¹ y, ordinariamente, es ocasionado por la ruptura del equilibrio en las potencias del alma.

Tiene como causa conflictos afectivos como la disolución de una amistad, la traición de la persona amada, el fin de un noviazgo o la muerte de un familiar, así como la incompreensión, el odio, el rencor, las críticas o el desprecio (Calvo, 2000).

Las emociones juegan un papel importante en esta clase de sufrimiento. Ellas son la matriz sobre la que se mueve la existencia humana, son tipos básicos de conductas relacionales sobre las que se da la comunicación necesaria para crear los diversos vínculos de la vida humana (Antón, 2017), y cuando estas se ven trastocadas surge un sentimiento de impotencia para hacer frente a la amenaza, porque la persona ya ha agotado los recursos personales que permitían lidiar con ella; entonces sufre (Chapman y Gavrín, 1993).

El sufrimiento psíquico produce pérdida de la autonomía, baja autoestima, desesperanza, pérdida de la dignidad y la autoimagen, aislamiento social, falta de accesos a recursos y apoyo, culpa, poca espiritualidad y pérdida de sentido (Kissane et al., 2001).

Sin embargo, en circunstancias más complejas, el sufrimiento psíquico puede incidir directamente sobre la biología de la persona con desenlaces fatídicos. Los conflictos afectivos se han somatizando en forma de stress, depresión, erupciones cutáneas, fibromialgia o fallos en el sistema cardiaco tales como el síndrome del corazón roto²² (Muñoz, 2009).

Es este tipo de sufrimiento el que ha llevado a la desesperación y suicidio a muchos seres humanos al sentirse impedidos, indignos o excluidos de un bien significativo para ellos (SD 7).

²¹ Podemos mencionar una serie de trastornos por conflictos no resueltos durante las etapas del desarrollo, tales como el complejo de Edipo, complejo de Electra, baja autoestima, trastornos obsesivos compulsivos, etc., factores que inciden sobre la psique y alteran la percepción de la realidad, y por ende también del sufrimiento.

²² Este síndrome es una afección cardíaca temporal que a menudo es provocada por situaciones estresantes y emociones extremas (Mayo Clinic, 2022).

c) **Sufrimiento espiritual o moral.**

Magaña, (2005), expone que “Todas las personas tienen una dimensión espiritual, participen o no en prácticas religiosas. Un individuo es una persona espiritual incluso cuando está desorientado, confuso, emocionalmente enfermo, irracional, o con deterioro cognoscitivo” (p. 186).

El sufrimiento espiritual se estableció como diagnóstico de enfermería en 1978. La *North American Nursing Diagnosis Association* (NANDA) lo define como el deterioro de la capacidad para experimentar e integrar el significado y propósito de la vida mediante la conexión con el yo, con los otros o con un poder superior (Magaña, 2005).

Magaña, (2005), también nos lo describe como un estado en el cual el individuo o grupo experimenta, o tiene riesgos de experimentar, interrupción en el principio fundamental de la vida, un trastorno en sus creencias o sistema de valores los cuales constituyen su fuente de fuerza, esperanza y significación para la existencia.

Por tanto, el sufrimiento espiritual es algo más que va más allá de la dimensión biológica y psicosocial del dolor humano. Este tipo de sufrimiento compromete la totalidad del ser. Es una experiencia tan personal que se convierte en algo biográfico e íntimo (Magaña, 2005).

Es interesante rescatar el aporte de Juan Pablo II cuando realiza un análisis sobre la naturaleza del sufrimiento en la encíclica *Salvifici Doloris*. Este sufrimiento afecta la parte espiritual del ser humano a causa de una ruptura en la relación con Dios, una ruptura que se manifiesta como un dolor moral, y por su carácter es menos identificable y alcanzable por la terapéutica, ya que ordinariamente puede confundirse como un dolor psíquico, esto a raíz de que el sufrimiento psíquico también está presente en el sufrimiento espiritual o moral (SD 5).

Este sufrimiento se manifiesta como pena, aflicción y malestar por haber ofendido a Dios con el pecado, así como la conciencia de las consecuencias futuras de esta acción en relación a la salvación del alma (Calvo, 2000).

Considerando que nuestro trabajo se centra en la comprensión del sufrimiento físico o corporal, nos interesa también subrayar la importancia de esta dimensión espiritual en la tarea de encontrarle un sentido.

2.3.Reacciones del hombre *light* frente al sufrimiento corporal

Antes de describirlas hemos de recordar la importancia del elemento subjetivo en la vivencia del sufrimiento corporal, lo cual le otorga un carácter único e incommunicable. Son las experiencias pasadas, la personalidad, la madurez afectiva, la capacidad de resiliencia y también la fe de la persona las que determinará la reacción (Fundación CANFRANC, s.f.).

Otro elemento a destacar es que las reacciones que estamos proponiendo y el orden en el que aparecen obedecen al denominado “proceso de asimilación de las crisis”²³, un itinerario natural hacia la asimilación de una pérdida, que necesariamente la persona que la sufre tiene que realizar (Schuchardt, 1990).

El tema con el hombre *light* es que, en el proceso, debido a *modus vivendi*, se encuentra menos capacitado para afrontar la pérdida y se paraliza en alguna de las fases del proceso. Sus reacciones, aquí descritas, son la manifestación de su estancamiento (Schuchardt, 1990).

2.3.1. Rechazo, desesperación y derrota.

El rechazo es la reacción natural e inmediata frente al sufrimiento corporal, y su trasfondo es el miedo. El miedo es una de las actitudes más comunes y a la vez una de las más peligrosas para el hombre que sufre. Nos dirá Spaemann (1991): “Tenemos miedo al sufrimiento y, ese mismo miedo, ya es sufrimiento”.

Este rechazo puede tornarse en desesperación cuando el padecimiento, agudizado por mundo interno del sujeto, termina por desbordarlo, sumiéndolo así en una situación de pánico angustia, tormento y fracaso (Polo, s.f.)

²³ Este proceso es expuesto por la profesora Erika Schuchart, (1990), en su artículo “Afrontar el fracaso. ¿por qué precisamente yo? Una ocasión para aprender a vivir” en el número 231 de la revista Concilium. Dicho proceso es una espiral ascendente y tiene 8 fases: 1)incertidumbre (el shock), 2)certeza (de la pérdida),3)agresión(protesta por la pérdida), 4)gestión (“si perdí ..., entonces tengo que...”, la última rebelión de la voluntad frente a la realidad), 5)depresión (porque el esfuerzo de la gestión fue en vano), 6)aceptación (sinceridad, no vivo “contra”, sino “con” la crisis), 7)actividad (fuerzas liberadas para seguir viviendo),8)solidaridad (la deficiencia pasa a segundo plano y surge el compromiso, compartir el aprendizaje).

Sus características son: a) Reacción de hundimiento: una mezcla de melancolía y malestar internos, precedido de sensaciones indefinibles, cuya intensidad dependerá de la importancia del tema; b) Una respuesta cognitiva natural, una especie de análisis interno, la búsqueda del porqué del resultado; c) El afloramiento de una parálisis. Sorpresa, perplejidad y bloqueo porque no se sabe qué hacer. Se buscan argumentos sólidos. (Rojas, 2000).

Ese miedo hace del hombre un ser vulnerable. Lleva una angustia existencial mientras intenta responder ¿por qué a mí?, ¿por qué ahora? La persona pasa del miedo al rechazo, y del rechazo a la desesperación. Termina ciego y paralizado, impedido de aprender, neutralizado en la capacidad de crecer y darle sentido a la vida. Esto es la derrota (Rojas, 2000).

Pero el rechazo y la desesperación del hombre *light* también puede derivar en una búsqueda exasperada por métodos capaces eliminar la presencia irritante. Aquí la medicina aparece ante el que sufre como uno de los caminos más exitosos (Schuchardt, 1990).

La medicina es, por antonomasia, la ocupación humana dirigida a remediar el sufrimiento, sin embargo, en el fondo, no es más que una reacción más elaborada de rechazo, pero cuando incluso esta es insuficiente, se recurre a otro tipo de salidas, a veces con dramáticos desenlaces (Bentue, 2010).

2.3.2. *Evasión y resignación*

El hombre *light* prefiere un camino en el que la persona se esfuerza por evitar y disminuir el sufrimiento. Existe así, una actitud auto degradante, que le incapacita para soportar el padecer y aumenta con ello su sufrimiento. No se enseña a sufrir, como tampoco se enseña a morir (Lucero, 2011).

Así que se buscan alternativas al sufrimiento corporal. El hombre *light* cae en un abuso de elementos paliativos, un abuso de narcóticos, que lo único que logran, con el tiempo, es acrecentar el vacío espiritual y aumentar el dolor.

El abuso de estas drogas como forma de evasión, es una forma perversa de mística que el hombre *light*, materialista y hedonista, construye para trascender. Lo cual, en realidad, constituye una trampa. Estas “drogas” no mitigan de forma duradera la aficción ni tampoco son un medio seguro para experimentar libertad e independencia porque degeneran en adicción (Rojas 2000).

Una vez más el hombre *light* está estancado. Ciertamente el sufrimiento es más agudo y el ya no tiene fuerzas para evitarlo. Ha consumido sus posibilidades, el terreno racional ha agotado la capacidad de resistencia. Entonces se rinde, deja de luchar, suelta su ideal hedonista y materialista porque son inútiles, y se resigna. (Rojas 2000).

Pero el panorama aún no se cierra. El hombre *light* ha llevado con tristeza, reactiva y anticipativa su pérdida y ha llegado al final, agotado, pero extrañamente liberado (Schuchardt, 1990).

2.3.3. Aceptación e intento terapéutico

Luego de sincerarse consigo mismo, la experiencia consciente de sus limitaciones le descubre una verdad: no está del todo aniquilado, aún existe él y siente la impresión de que no está solo, de que aún hay sentidos funcionales en él y se avergüenza de su antiguo pensamiento. Entonces comienza ver con mayor claridad, se sincera consigo mismo y empieza a aceptarse con su singularidad: nace una actitud de diálogo con el sufrimiento corporal (Schuchardt, 1990).

La aceptación no es un abandono resignado, pero tampoco es un estado de liberación. La aceptación es la superación de los límites de la conciencia que ahora va ensanchándose más allá de lo *light*. (Schuchardt, 1990).

El hombre *light* se abre la posibilidad de lo terapéutico, es decir, estar abierto a aprender a convivir con el sufrimiento, ya no contra él; ya no trata de centrarse en lo que no tiene, sino más bien en edificarse con lo que tiene (Schuchardt, 1990).

Ve en el fracaso una oportunidad de superación. Invita dirigir su mirada a un nuevo tipo de hombre: ya no el triunfador, que es el paradigma de la sociedad *light*, sino el luchador, quien no vence siempre, sino que sabe levantarse, sabe reaccionar. El fracaso se convierte en la oportunidad de buscar un ideal, una ilusión que de significado a la existencia (Rojas, 2000).

La consecuencia, es que el hombre logra reconciliarse con su pasado, lo asume y se vuelve capaz de superarlo aún en sus aspectos dolorosos. Esto es madurez. Digiere el pasado y se le abre el porvenir, que es la dimensión más importante de la temporalidad (Rojas, 2000).

Sin embargo, el sufrimiento corporal, aunque ahora visto de manera más tolerable, no deja de ser un incesante recuerdo de la finitud humana, el recuerdo de que tarde o temprano llegará el gran silencio.

El hombre *light*, aun aceptando el sufrimiento corporal, sigue siendo incapaz de trascenderse sólo usando sus propias energías. Necesita de una fuerza externa y superior transformadora, necesita salvación.

...

En el segundo capítulo se propuso la tarea de presentar la experiencia contemporánea del sufrimiento corporal y cómo, desde la mentalidad materialista y hedonista imperantes, se intenta re-definirlo, explicar sus causas y su finalidad. Esto con la intención última de entender cómo sufre el hombre de hoy y si la respuesta que otorga al problema es capaz de darle un cierre satisfactorio.

En este sentido, hemos advertido que la nueva mentalidad rechaza todo tipo de explicaciones tradicionales para dar paso a una nueva construcción, la cual ya no es precedida por Dios, sino por el desarrollo tecnológico y científico.

Detrás de una fe casi ciega en la ciencia, se halla la idea generalizada de que sólo a través de esta el ser humano hará posible un mundo sin suplicios. En el fondo se trata de la pretensión materialista y hedonista de abrazar la libertad sin responsabilidad, de alcanzar la realización personal sin sacrificio.

Este es el marco desde donde se redefine el problema del sufrimiento: ahora es sólo una vivencia intensa e interior, el padecimiento de un mecanismo evolutivo de defensa que compartimos con los animales. Tiene su causa en una variedad de elementos reales o potenciales que amenazan la integridad personal. Y su finalidad consiste en procurar la supervivencia del sujeto, advirtiéndole de un peligro que por cualquier medio debe extinguir.

De este modo el sufrimiento corporal queda restringido a su dimensión material y temporal, cuya lógica solución también deberá darse en clave material y temporal. El problema de una visión sesgada del sufrimiento humano es que los tratamientos propuestos sólo logran alivianar sus efectos, tal como vimos en las reacciones ante el sufrimiento, sin que realmente se solucione algo pues no tocan su raíz.

Descubrimos que el desenlace de la nueva mentalidad sobre el sufrimiento abre más frentes de batalla para el hombre *light* en vez de cerrarlos, pues:

1) Sufre magnificadamente; porque el hedonismo lo ha hecho intolerante a la mínima mortificación, porque la hiperestimulación que recibe del mercado y las TICs también lo han transformado en alguien hipersensible al suplicio, y porque su nueva ética constituye para él una trampa que le arrebatara la libertad que le promete. Así, lo que debió ser un proceso natural de padecimiento corporal, ahora es agravado por la constatación de su esclavitud existencial: impulsado a la trascendencia, pero frustrado, porque está atado a sus pasiones, a lo material y a lo temporal.

2) Sufre egoístamente; porque el hedonismo lo ha hecho un ególatra y un tirano, porque el paradigma de hombre exitoso le hace creer que él basta para salvarse o, cuando constata que está desbordado, creyéndose el centro del universo, busca aliviarse sin importarle el daño que pueda causar a otros, pues posee privilegios especiales. Al final su ego lo aísla en una cruel soledad.

3) Sufre nihilistamente; porque su nuevo estado lo tornó hipersensible y lo clausuró. Limitado para hacer síntesis de su experiencia, es incapaz de ver alguna utilidad en el suplicio, entonces opta por el camino fácil de renegar de la vida, sobre todo cuando el sufrimiento corporal ya es irremediable. Así, algunos, ven en la muerte la solución piadosa a su tormento. Se trata, en efecto, de un camino hacia el silencio, hacia la nada, hacia el vacío.

Pero no todo es negativo, pues al final de su camino el hombre *light* encuentra un gran y paradójico cierre. La experiencia de un sufrimiento corporal, sobre todo si es de notable magnitud, logra en el afectado un cambio de paradigma: agotado y rendido, la persona deja de luchar contra el suplicio y lo acepta, entonces se abre, dialoga y trasciende lo *light*. Es el inicio de un verdadero intento terapéutico, un verdadero intento de sanación, que, sin embargo, aún sigue atado a la temporalidad.

Por lo antes expuesto concluimos en el hombre contemporáneo, imbuido en la nueva mentalidad, no es capaz de dar un cierre satisfactorio al problema del sufrimiento corporal. La posibilidad de sentido, que en realidad supone una sanación integral, debe venir de una dimensión superior que trascienda la temporalidad de los intentos terapéuticos.

Este es el panorama que la propuesta cristiana encuentra y con el que quiere dialogar. Las respuestas que da al sufrimiento del hombre *light* son el tema de nuestro último capítulo, respuestas que finalmente nos desvelarán el sentido cristiano del sufrimiento contemporáneo.

CAPÍTULO 3

EL SENTIDO CRISTIANO DEL SUFRIMIENTO CONTEMPORÁNEO

En el tercer y último apartado se pretende examinar cómo el cristianismo acoge y contesta a los tres elementos característicos del sufrimiento del hombre contemporáneo, o *light*, para ser más precisos, elementos que se descubrieron al final del segundo capítulo.

Para lograrlo se ha dividido la presente sección en tres partes. En ellas se expone la propuesta cristiana para un sufrimiento corporal que está magnificado, que es egoísta y también nihilista. El propósito último de esta tarea es desvelar el sentido cristiano del sufrimiento contemporáneo y ver si su propuesta completa lo que la respuesta *light* no logró.

3.1. La necesidad de salvación para un sufrimiento magnificado.

3.1.1. *El drama del sufrimiento en la existencia contemporánea*

Al terminar el segundo capítulo descubrimos el hombre contemporáneo se ve inmerso en la paradoja de la postmodernidad: información que no forma, placer que no da alegría, libertad que no libera.

Ya sea en el inicio de su viaje con el sufrimiento, cuando aún es incapaz de integrarlo a su vida por hallarse en un estado de hipersensibilidad ante las mortificaciones, o en el final del recorrido, cuando, doblegado por el peso del suplicio, termina por aceptarlo e inicia un proceso terapéutico, el hombre siempre estará atado a la temporalidad (Guardini, 2008).

Constatar su limitación, que se experimenta como una esclavitud existencial en la que se siente impulsado a la trascendencia, pero frustrado, porque está atado a sus pasiones, a lo material, a lo caduco; le introduce en un panorama desolador que magnifica la experiencia de los padecimientos corporales (Rojas, 2000; Olegario de Cardedal, 2008).

Torralba, (2007), nos señala que el sufrimiento magnificado tarde o temprano termina por paralizar al hombre y su dinámica vital. Este sufrimiento monopoliza a la persona, porque lo hace girar en torno a su dolor, y le roba la confianza en el futuro, pues por más que intenta trascender no logra dar un cierre pleno a su tragedia, no puede auto redimirse.

Una auto salvación no es posible, afirmará Ladaria, (2007), puesto que, entre otras razones, la emancipación de tan lamentable situación que tiene su origen en el pecado, la del

hombre viejo como dice San Pablo (Ef 4,22), significa la liberación de la misma persona, lo cual es una paradoja. Este es el drama detrás de un hombre que sufre de forma magnificada.

Entonces, con toda la conmoción de su corazón, surge un lamento en este hombre bajo la forma de una pregunta ineludible: ¿Por qué? Una interrogante que en realidad es un grito de auxilio, el grito por la redención (SD 9).

La experiencia demostró que cuando la respuesta se busca en lo humano o en el mundo no se obtienen resultados a la altura de la sed de infinita plenitud. Ya sólo queda dirigir la pregunta a Dios (SD 9).

Contradictoriamente, el final del camino para un hombre light que sufre intensamente termina siendo, en cierto modo, el retorno a su punto de partida: Dios mismo. Comenzó rechazando su presencia en los valores tradicionales de la fe y, a través del sufrimiento, retorna a Él, pero esta vez abierto a dialogar. Y Dios espera y acoge al hombre con sus preguntas (Peña, 1999; SD 9).

3.1.2. *La salvación que trae Cristo*

Gonzales de Cardedal, (2008), nos dice que la salvación que se requiere tiene que ser más que una solución mecánica, mágica o artificial, que resuelve desde fuera la tragedia, sino que, por el contrario, debe ser principio de sanación, iluminación y transformación personal, que posibilite al hombre tomar en sus manos su destino, rehaciéndolo y consumándolo, pero ya no desde sí mismo, sino en Dios.

Por este motivo, nos señala Juan Pablo II, cuando el hombre en su suplicio vuelve la mirada hacia Dios, Él lo acoge y busca introducir la redención en la raíz del problema: el pecado en todas sus dimensiones, contemplando sus consecuencias escatológicas (la muerte eterna), como temporales (el mundo del sufrimiento humano) (SD 14).

En efecto, tal como Guardini (2008) afirma, sólo Dios es capaz de penetrar, mesurar y juzgar este problema existencial en su dimensión más profunda. Sólo desde el punto de vista divino se podría hacer justicia al pecado, pero el hombre, que es quien peca, quedaría destruido. Así, la presencia de su gracia sobre esta realidad quiere decir que Dios ha hecho justicia, pero redimir al hombre significa que ha ido más allá: ha optado por amarlo hasta las últimas consecuencias.

De este modo, tal como atestigua la revelación, la respuesta de Dios al sufrimiento no se da en clave teórica sino experiencial²⁴, una experiencia de justicia misericordiosa, porque destruye el poder del pecado sin destruir al hombre, y para lograrlo Él mismo ha querido encarnarse haciéndose hombre, conjugando en su misma existencia humana la actitud divina ante el padecimiento humano: lucha y caridad (Guardini, 2008).

Esta salvación es un hecho acontecido en Cristo. Con la encarnación se ha unido a todos (GS 22), particularmente en el sufrimiento. Su descenso hasta la humanidad doliente, haciéndose corporal con cada uno de los hombres, es lo que posibilita la ascensión del ser humano al Padre²⁵ (Ladaria, 2007).

Frente a lo que el mundo rechaza, Cristo se identifica, no para sacralizarlo, sino para transmutarlo. En efecto, él tenía que regenerar toda esa hediondez para orientarla hacia Dios, asumiéndola como suya, penetrando su auténtico sentido y sufriendola en su carne, para que el poder divino, que creó el mundo de la nada, pudiera irrumpir desde lo hondo de una nada existencial con un nuevo impulso creador (Gonzales de Cardedal, 2008; Guardini, 2008).

De este modo, frente a la intensidad particular del sufrimiento en un hombre *light*, Cristo no responde con teorías, ni mucho menos eliminando los dolores sin más, sino, en cambio, con una experiencia terapéutica de amor (Gonzales de Cardedal, 2008), a través de la intensidad de su propio sufrimiento, el cual posee un carácter único e inédito por tratarse del mismo Dios cargando con la densidad del drama humano (Calvo, 2000).

Es por el carácter único de su suplicio que Cristo verdaderamente puede ver en un mundo de ciegos, por el que verdaderamente siente en un mundo de apáticos, por lo que es un hombre libre y cabal en un mundo de desconcierto y confusión, y quien, finalmente, es capaz de entender con creces, y como ningún otro ser, el suplicio del hombre contemporáneo (Guardini, 2008).

²⁴ Detrás de esta afirmación se hallan dos elementos fundamentales de la soteriología cristiana: creación y encarnación. Ambas enuncian la comunicación que Dios hace de sí, suscitando por compañero al hombre y uniéndose con él en alianza eterna (González de Cardedal, 2008).

²⁵ Esta ascensión implica la liberación de los poderes del mal, el perdón de los pecados, la redención de la pena y la renovación por el Espíritu (González de Cardedal 2008).

Pero su respuesta no sólo se queda en una solidaridad pasiva y contemplativa, sino, por el contrario, es reactiva: le muestra al hombre light cómo lidiar con un sufrimiento intensificado.

Primero, preparando el corazón. Cuando sintió tristeza de muerte ante su pasión, subió al Getsemaní, se apartó para estar a solas con el Padre, cayó de bruces contra el suelo y oró. El rechazo absoluto de las autoridades, la cena y la traición de uno de sus amigos había creado en Jesús un estado de tensión intolerable, a punto de exudar sangre, un derrumbamiento físico y psicológico que él lo eleva a su Padre, y desde el Padre es capaz de integrarlo (Guardini, 2008).

Segundo, en coherencia con su oración, lo afronta serenamente. Nos dice Guardini (2008), que cuando llegó la turba que prendería a Jesús los discípulos huyen, no tanto por miedo, sino porque estaban desorientados, ya que siempre mantuvieron la esperanza de que su maestro reduciría a sus adversarios en el último momento, pero no sucedió así. Ante la ruptura de las expectativas y la llegada de la contrariedad Jesús no huye, sino, que se queda en pie y la afronta, con la seguridad de que el Padre permanece en él en la prueba.

Y tercero, siendo fiel, aun cuando podía tomar salidas fáciles. Ante la posibilidad de escapar a su suplicio, negando la verdad de su mensaje frente al Sanedrín, tal como Pedro llegó a hacerlo cuando algunas personas lo acusaron de ser un discípulo, él habla con la verdad y permanece en ella. ¿De qué verdad se trata? de que sólo Dios tiene la última palabra frente al drama humano (Guardini, 2008).

Por su fidelidad hasta las últimas consecuencias, Jesús, asumiendo a toda la humanidad en sí mismo, ha sido salvado y liberado por el Padre, y llevándonos consigo, nos hace participar de la libertad. Así el hombre light puede recibir la redención por la que clama y adquirir la perfección que anhela, siempre y cuando se haga conforme y corpóreo con el Hijo de Dios (Ladaria, 2007).

La oferta de salvación de la que el cristianismo es portador, prosigue Ladaria, (2007), se funda hondamente en Cristo. Esto no sólo por ser él el salvador, que con su cruz y resurrección ha liberado al hombre comunicándole la vida divina, sino porque la salvación que comunica es la suya misma: la que él, en su humanidad, recibe del Padre, y la cual quiere

compartir con todos, más aún, la que no quiere tener sin nosotros, porque no quiere, como cabeza, ser sin el cuerpo.

Unido a Cristo, aunque el suplicio corporal sigue revestido de una intensidad inaudita, el hombre contemporáneo también descubre en su padecimiento una vocación, un llamado a superarse desbordando los límites de su naturaleza, a vincularse a otros como él, trasmutando lo interior en superior, lo vil en noble, el egoísmo en amor (SD 2; Peña 1999).

3.2. La cruz, amor redentor para un sufrimiento egoísta.

La segunda característica importante que descubrimos sobre el sufrimiento del hombre contemporáneo es el egoísmo, el cual tiene su origen en el hedonismo que rige sus acciones, y que lo ha transformado en un ególatra y un tirano, incapaz de pensar en los demás porque ha sido mutilado en su capacidad de sufrir por otros, lo cual es fundamental para que surja el amor.

No necesita el amor, salvo el suyo propio, porque el paradigma de hombre exitoso le ha llevado a creer que él basta para salvarse. Al final termina aislado con su ego en una cruel soledad.

Vacío de amor y escorado hacia su propio yo, necesita reconectarse con su esencia última, necesita saberse amado.

3.2.1. *El misterio de la Redención: don de amor*

Calvo, (2000) enfatiza que si Dios es amor (1 Jn 4,8) no puede quedar al margen del sufrimiento humano. Y, de hecho, ha intervenido, aunque de un modo misterioso.

En el Antiguo Testamento su actitud fundamental, aunque no única, era la de promesa y espera de la era mesiánica como tiempo de liberación y restauración. Estas promesas tienen su sentido y explicación en el Siervo de Yahvé, personificación de la victoria sobre el mal y la puerta a la dicha futura, y cuya obra se lleva a cabo por amor de su Nombre. Así vence el sufrimiento asumiéndolo en su propia persona y da en su lugar los bienes que el hombre espera y necesita (Calvo, 2000).

Dios, de este modo, se va implicando en nuestra historia y en su sufrimiento. Lo ha hecho de forma apasionada y progresiva, hasta que envió a su propio Hijo como terapeuta y salvador (González de Cardedal, 2008; Álvarez, 1995).

Fue tal su implicación que no se hizo un hombre cualquiera, sino un hombre-siervo. Esto manifiesta una encarnación selectiva que se expresó también en una misión igualmente selectiva al hacer objeto preferencial de su solidaridad a los más pequeños, a los pobres y enfermos; luchando contra el mal del mundo y el sufrimiento, usando la debilidad del amor y no la fuerza del poder (Álvarez, 1995).

En efecto, con Cristo la expectación y la promesa se cumplen: Él es el Siervo cuya obra se puede resumir en una expresión: el amor de Dios en acción (Calvo, 2000).

Este amor es lo que lleva hacer de su vida un acercamiento constante al mundo del sufrimiento humano, dedicándose a hacer el bien y sanar toda dolencia (Hch 10, 38) (SD 16)

a) El amor en la obra mesiánica de Jesús

Jesús, cuando dialoga con Nicodemo, pronuncia unas palabras que nos introducen el corazón de la acción salvífica de Dios frente al sufrimiento: “Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16-17).

Calvo, (2000), precisa que este amor se desarrolla a lo largo de la obra mesiánica del Hijo a través de un tratamiento progresivo del sufrimiento por etapas que a continuación presentamos:

Primero, prosigue Calvo, (2000), el encuentro directo con el sufrimiento. Cristo se muestra sensible frente al dolor humano: se compadece de la muchedumbre que esta como oveja sin pastor (Mt 9, 36), cura las dolencias y enfermedades del pueblo, incluso dándoles de comer (Mt 14, 14-20), o simplemente, llorando con ellos ante la tumba de un amigo (Jn 11, 35).

Segundo, manifestando que tiene poder sobre el sufrimiento. Lo cual fue patente ante las enfermedades, pues las curaba (Mt 4, 23); ante la muerte: “Lázaro, sal fuera” (Jn 11, 43-44) y ante el maligno: “Jesús le increpó y el demonio salió de él” (Mt 17, 18) (Calvo, 2000).

Tercero, la apropiación del sufrimiento. Jesús experimenta el suplicio en sí, no por causa propia sino por el pecado de los demás: pobreza en su nacimiento (Lc 2,7); hambre y sed mientras es tentado en el desierto (Lc 4, 1-2); rechazo y persecución de sus compatriotas (Lc 4, 28-29). terminando en el sacrificio de la cruz (Calvo, 2000).

Y cuarto, la derrota del sufrimiento con la resurrección. Venciendo la muerte porque venció el pecado y sus consecuencias, entre ellas el sufrimiento, otorga así un nuevo sentido

a los padecimientos: son un lugar de encuentro con Dios amor, lugar de salvación y puerta de la nueva vida. Y, aunque no los desaparece, trae un consuelo que lo mitiga.; situándolo en sí mismo, los eleva, los transforma en bienaventuranza para el hombre: “dichosos los que lloran porque será consolados” (Mt, 5, 5) (Calvo, 2000).

b) La cruz: teofanía del amor

Juan Pablo II tiene una frase contundente al hablar del sufrimiento: la verdad del sufrimiento se revela en la verdad del amor, y la verdad del amor se revela en la verdad del sufrimiento (SD 18).

Este es el marco desde el que somos llamados a leer el horror de la cruz. En ella se revela la otra cara de Dios, que no anula la primera, la de la antigua alianza (un Dios todo poderoso y justo que premia el bien y castiga el mal), sino que la lleva desvela en plenitud: Dios es amor en sí mismo, y por ello es teofanía (Ladaria, 1998).

Consideremos, entonces, la intensidad del amor divino manifestado en la intensidad de su sufrimiento en la pasión:

Este alcanza de lleno su cuerpo; a punto de quedar desfigurado y sin aspecto humano (Is 52, 14). Alcanza de lleno sus emociones, conmovido hasta las entrañas por la traición de su amigo (Mt 26, 21-25), la negación de Pedro (Mt 26, 34), el rechazo de la multitud (Mt 27, 23) y, de forma penetrante, en su agonía en el Getsemaní, hasta el punto de exudar sangre (Lc 22, 44). (Calvo, 2000).

Pero también el sufrimiento alcanza de lleno su espíritu, en el terrible momento en que, la ruptura de la comunión con el Padre a causa del peso del pecado del mundo, deja brotar una queja contra el Padre por primera y única vez en su vida: “¿porque me has abandonado? (Mt 23, 46). (Calvo, 2000).

Por esto, nos dirá Latourelle (1984), la cruz nos lleva a un mundo situado más allá de toda justicia, al universo del amor, pero de un amor totalmente distinto porque está hecho, no a la medida del pecado, sino a la medida de Dios que lo rebasa todo.

Sobre la densidad de la cruz humana, Él se convierte en el contrapeso del amor desgarrado y sangriento, desequilibrando de esta forma el exceso de los desórdenes humanos acumulados a lo largo de la historia (Latourelle,1984).

La constatación de este amor nace una certeza: “quien nos podrá separar del amor de Cristo? ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿la espada? En todo salimos vencedores gracias a aquel que nos amó” (Rom 8, 35-37) (Guardini, 2008).

Alguien podría preguntar ¿Qué es lo más seguro, tanto que se pueda vivir y morir por ello? Eso es el amor de Cristo. La experiencia nos enseña que ni la ciencia, ni el arte ni filosofía ni cualquier otra creación humana es capaz de hacerlo, ni la propia naturaleza, ni la historia, ni siquiera el propio Dios, pues el pecado ha despertado su colera, y si no fuera por Jesús ¿Cómo sabríamos lo que podemos esperar de Él? (Guardini, 2008).

Lo único realmente seguro es el amor de Cristo, y por el sabemos que Dios nos ama. Y esta verdad se ha revelado en la cruz, su corazón es el principio y fin de todo, lo que le da sentido a todo, al sufrimiento también (Guardini, 2008).

3.2.2. *La crucifixión del egoísmo por el amor*

Busto (1991), reflexiona: si amar significa salir de sí y darse, entonces Dios, siguiendo esta dinámica, quiso compartir su vida con nosotros, asumiendo para ello la finitud de la creación e incluso la realización concreta que ha tenido la libertad finita en la historia: la injusticia y el pecado.

Guardini, (2008), siguiendo con esta idea, asevera que el descubrimiento del amor de Dios es capaz de cambiar nuestra mentalidad y nuestros conceptos (es decir, convertirnos), incluso a los propios cristianos que, seducidos por el mundo se dejan empapar de lo *light*.

De este modo, afirmará también Moltmann (1973), que el escándalo de un Dios apasionado y crucificado conduce a una mística cristiana de cruz como consuelo, resistencia y esperanza en la lucha contra el mal.

En efecto, la teología de la cruz ilumina la existencia doliente de los hombres y mujeres de todos los tiempos. El Dios de los pobres, que buscan alivio para sus males, siempre fue el Cristo doliente y sin defensa que se opone a la imagen sesgada de un Dios *pantocrator* reinante en los cielos de los ricos y poderosos. Dios y el sufrimiento no son contradicciones, porque el ser divino se encuentra en el sufrimiento y el sufrimiento en el ser divino (Moltmann, 1973).

Dios no quiere ser Dios sin nosotros; inexplicablemente para un egoísta, especialmente cuando sufre, le es imposible entender esto, entender que el Creador quiere formar con él un vínculo desinteresado (Brantschen, 1982).

Si este hombre se cierra, tal como vimos en el final del capítulo segundo, es porque ha pervertido la libertad, la cual ha sucumbido ante el hedonismo esclavizante, y sin libertad no puede surgir el amor. (Brantschen, 1982).

Continuando con la idea, Brantschen, (1982), reflexiona: y si el hombre se cierra ¿fracasó Dios? No, de hecho, incluso en el rechazo Dios sigue optando por el amor, con la esperanza de que, si no da crédito a sus palabras, al menos lo dé a su sacrificio en la cruz. En la cruz grita el amor, y espera, porque sabe que sólo el amor es capaz de suscitar el amor, aun cuando la libertad está escorada hacia el ego.

De este modo, también afirma Latourelle, (1984), el corazón del hombre rebelde que le lleva a sufrir egoístamente no es aplastado desde afuera, sino desde el interior, hundiéndolo en el abismo del amor. Así este hombre, en vez de tropezar con una resistencia, la que naturalmente percibe al constatar su temporalidad, se encuentra con unos brazos extendidos. Dios, para desarmar el corazón rebelde, propone la sobreabundancia de su amor.

En ninguna otra parte Dios se mostró tan omnipotente como en su omni-debilidad, así la Escritura da testimonio: “las grandes aguas no podrán apagar el amor, ni los ríos sumergirlos” (Cant 8, 7) y también “¿Quién nos podrá separar del amor de Cristo?” (Rom 8, 35) (Latourelle,1984).

La cruz es la última tentativa del amor para disolver en el hombre el odio, para desarticular el egoísmo, y también para descrucificar a Dios, presente en los valores tradicionales de la fe y sobre todo en cada hombre que sufre (Latourelle,1984).

Tal como veíamos en el primer capítulo cuando presentábamos la experiencia de los mártires, a la seriedad y coherencia del crucificado, entregado por nosotros, tiene que responder también la seriedad y coherencia de nuestro amor.

El amor es capaz de curar el egoísmo y abrir el corazón del hombre que sufre corporalmente, pues disipa toda rebeldía y capacita para trascender, de modo que ya no es la persona la que vive, es decir el hombre encerrado en su egoísmo, sino Cristo quien vive

en ella, viviendo de un amor entregado y generoso, para con Aquel que antes se dio y se entregó por el hombre (GS 22; Latourelle, 1984).

3.3. El sentido cristiano del sufrimiento para un sufrimiento nihilista.

Hemos llegado al tercer y último problema del sufrimiento corporal en la experiencia *light*: la vivencia de los padecimientos en clave nihilista.

Ayudados por las reflexiones del segundo capítulo concluimos que el hombre *light* sufre nihilistamente; porque su nuevo estado lo tornó hipersensible y lo aisló. Limitado para hacer síntesis de su experiencia, es incapaz de ver alguna utilidad en el suplicio, así que opta el camino fácil de renegar de la vida, sobre todo cuando el sufrimiento corporal ya es irremediable.

Sin importar la etapa natural del proceso de aceptación en la que se encuentre (las planteamos en el apartado de las reacciones ante el sufrimiento), ni siquiera en el intento terapéutico que es la etapa más elevada, el hombre con sus propias fuerzas y atrapado en la temporalidad es incapaz de una respuesta de sentido del sufrimiento que le lleve más allá de ser un camino hacia la nada, hacia el vacío, hacia el gran silencio de la muerte.

Sin embargo, también acabamos de ver que la Revelación del amor de Dios en la cruz hace del dolor y del sufrimiento verdaderos lugares teológicos donde no sólo se cuestiona la existencia o la bondad del Creador, sino donde se le puede buscar y encontrar, por muy paradójico que parezca, convirtiéndolo en punto de apoyo desde el que atisbar una nueva imagen de Dios y el sufrimiento en todas sus dimensiones, incluyendo la corporal que a nosotros nos interesa.

En efecto, la proximidad de Cristo es la que nos hace más conscientes de nuestro estado y consiguientemente de nuestra necesidad de salvación. Y, por otra parte, el sufrimiento corporal, a pesar de todo su sinsentido y su opacidad, el dolor no imposibilita la posibilidad de trascender, aunque la sacuda y dificulte. (Ladaria, 2007; Busto, 1991).

Peña, (1999), también lo expresaba así: el sufrimiento permite que nuestra mente se crucifique para poder renacer en Cristo a través del amor.

En definitiva, es el amor lo que lleva a Dios a hacerse solidario con un sufrimiento intensificado sacando de la soledad al hombre que lo padece, es el amor manifestado

plenamente en la cruz el que responde y desarma al egoísmo instalado en el corazón del sufriente, abriéndolo a una comunión con Dios, y es el amor el que desvelará finalmente el sentido real del sufrimiento corporal, rescatándolo del horizonte nihilista y colocándolo en el horizonte de un amor redentor.

3.3.1. *El sufrimiento corporal como buena noticia*

Cristo nunca escondió a sus oyentes la necesidad del sufrimiento. A quien quería seguirle le decía lo que implicaba: caminar por la senda estrecha, entre calumnias, renunciaciones, persecuciones, la incompreensión y el odio del mundo (Jn 15, 18), incluso, a través del cansancio y la muerte, pues el discípulo no es más que su Señor (Jn 15, 20).

Fue tan duro su hablar respecto a la entrega de su cuerpo para la vida del mundo que algunos de sus discípulos desertaron: “es duro lo que dices, ¿Quién puede seguirte? Y se fueron” (Jn 6, 40), Y, sin embargo, otros permanecieron ¿por qué? A pesar de la dificultad del seguimiento, sus fieles descubrieron que Él tenía palabras de vida eterna (Jn, 6, 48-49).

El vínculo personal con Cristo, su amor vitalizador, es lo que motiva y posibilita cargar con la cruz.

Las pruebas por las que los discípulos tendrán que pasar serán ocasión para que puedan dar testimonio de su amor redentor (Jn 15, 27), haciendo que, en conjunto, sean una especie de verificación especial de la semejanza con Cristo y su unión con él (SD 25).

Y precisamente, por estar vinculados a él, no están solos en la tribulación (Mt 28, 20): les promete hacer cosas mayores si creen en Él (Jn 14, 12), les promete la asistencia de su Espíritu que les llevara a una comprensión plena de los acontecimientos (Jn 16, 13-14), les promete una recompensa: “Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan, y cuando, por mi causa, os acusen...Alegraos y regocijaos, porque su recompensa será grande en los cielos” (Mt 5, 11-12), y, finalmente, les promete una victoria final: “en el mundo viviréis atribulados; pero tened ánimo: yo he vencido al mundo” (Jn 16,33).

De estos testimonios a causa del Cristo y su mensaje redentor hay muchos ejemplos heroicos, tal como podemos constatar en la Escritura y, tal como vimos en el capítulo primero, en los mártires. En cuya sangre derramada, no sólo se consumó el amor por Cristo, sino que también fructificó en su Iglesia.

Los padecimientos, empapados del amor de Cristo y por Cristo, se convierten en lugar de encuentro, posibilidad para el amor, y causa de redención, lo que en definitiva es buena noticia, evangelio (SD 25)

Juan Pablo II es quien habla del sufrimiento como evangelio, añadiendo que este presenta dos capítulos para el hombre que acepta la oferta redentora de Cristo en la cruz, un itinerario de adhesión y significación nuevas, a saber: el sufrimiento a causa de Cristo, el primero; y, el segundo, el sufrimiento con Cristo.

El sufrimiento a causa de Cristo, entre las que podemos encontrar todo tipo de padecimiento corporal padecido en las persecuciones, contienen en sí una llamada especial al valor y a la fortaleza, las cuales son sostenidas por la elocuencia de la resurrección (SD 25).

En este sentido, San Pablo anima a perseverar “sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús y nos presentará ante él junto con vosotros” (2 Cor 4, 14), pues las pequeñas tribulaciones del mundo producen un caudal de gloria eterna (2 Cor 4, 17).

Pero este sufrimiento a causa de Cristo, ya como se constataba desde los primeros años de la Iglesia, no sólo redunda en bien personal sino afectando a todo el cuerpo de Cristo, Cristo, porque, así como entra en la intimidad de cada persona, también se proyecta sobre la existencia en general, envolviéndolos a todos, así nació la Iglesia. Ella no sólo significa la comunidad de los creyentes sino la comunión de todos en Cristo (Guardini, 2008).

Así, los miembros no están aislados, su acción repercute en todos, como un miembro en el cuerpo. Esta es la razón por la que la Iglesia también exhorta a ofrecer los suplicios corporales por la unidad de los cristianos, la conversión de los pecadores y la perseverancia de los demás.

Seguidamente, en el otro capítulo, encontramos a los sufrimientos con Cristo. Estos son los que unen las propias tribulaciones humanas al sufrimiento redentor de Jesús. En ellos se realiza la participación en la pasión y resurrección. Ellos continúan escribiendo el evangelio del sufrimiento y lo proclaman a todos los hombres, al punto de, tal como afirma el Concilio Vaticano II en su mensaje a la humanidad, poder salvar al mundo.

En ellos se constata, prosigue Juan Pablo II en la *Salvifici Doloris*, que el sufrimiento esconde una fuerza particular que acerca interiormente a Cristo. De este modo, no solo descubren el sentido salvífico del sufrimiento, sino también su poder transformador: “yo ya no soy quien vivo, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20).

Respecto a este sufrir con Cristo que vincula íntimamente al hombre con el redentor, es iluminador presentar la reflexión de Guardini cuando habla de la existencia en Cristo.

Existencia se entiende como no sólo la afirmación de que yo existo, sino de que tengo mi consistencia en mí mismo. Incluso en los momentos de intensa vida interior. Lo que me hace ser yo y no otro, habito en mí, y nadie puede entrar a mi ser si no le abro la puerta. Aquí radica mi dignidad, mi libertad, también la importancia de mi ser y de mi soledad (Guardini, 2008)

En Cristo, sin embargo, el hombre posee todo eso, pero transformado: el hombre no es sólo el mismo si está solo consigo mismo, sino que en su libertad y soledad está Cristo. y eso se posibilita abriéndole la puerta, cuando se toma la decisión de creerle (Guardini, 2008).

La consecuencia es que quedamos incorporados a él en su muerte y también en su resurrección. (Rom 6, 3-5) la vida de Dios engendra en el creyente una nueva existencia: la propia de los hijos de Dios. Y en esta nueva existencia tu eres realmente tú, pero en cuanto vives en Cristo. Él vive en ti, y por el puedes llegar a lo más íntimo y personal de tu propio ser, de modo que “ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20) (Guardini, 2008).

La incorporación a Cristo es posible por su nueva situación, a la cual ingresa a través de la cruz: esta glorificado: para él no existen límites, ni siquiera los de la persona, aunque siempre respetando su libertad, y puede vivir en el interior del creyente, y no sólo en el sentido metafórico, o del recuerdo en cuanto que el creyente piense en El y lo ame, sino en sentido real, animando la existencia del creyente. (Guardini, 2008).

Guardini (2008), concluye la reflexión diciendo que el Espíritu del Señor es quien abre la interioridad de la existencia, sin violencia ni mezcla, con plena libertad, respetando la dignidad personal. Su Espíritu produce el amor, la comunión de vida, la comunidad de

bienes. Así Él, que es el amor, “tomará lo de Cristo y nos lo entregará” como nuestro (Jn 16, 15): esto es a Cristo mismo, convertido en vida nuestra.

De este modo, aquella pregunta que se formulaba como queja: “por qué” y reclamo desesperado de sentido, se transforma por el amor de Cristo en la cruz en un “para qué”. El hombre termina descubriendo una llamada especial en el sufrimiento, que ya no solo es una llamada al amor, como en los apartados anteriores descubrimos, sino también una vocación a participar con el propio sufrimiento corporal en la obra salvífica del mundo, que se realiza a través del sacrificio de Jesús.

Esto significa que el hombre no descubre el sentido que busca a nivel humano, es incapaz, sobre todo cuando es esclavo de su egoísmo; sino sólo a nivel del sufrimiento de Cristo, quien, al mismo tiempo, desciende hasta el nivel humano y se convierte en una respuesta personal para el sufriente. (SD 26).

Así, el hombre, convertido en respuesta personal, se descubre llamado a ser un *crisoforo*, tal como afirmaba Ignacio de Antioquia, es decir un portador de Cristo, un portador de la redención.

3.3.2. *El sentido cristiano del sufrimiento*

El sufrimiento penetrado por el amor redentor de Cristo es lo que en definitiva da sentido al sufrimiento corporal, sobre todo a uno que, por el materialismo y hedonismo contemporáneos, terminan por magnificar el suplicio de quien lo padece, a la vez de experimentarlo de forma egoísta y nihilista.

En efecto, tal como Guardini (2008) afirma, se puede pasar del nihilismo al sentido debido al amor crucificado: por amor, el Hijo llega a la más profunda oscuridad, al abismo del mal absoluto, y desde aquella nada haría brotar la nueva creación. Ella infundiría un nuevo ser en lo que ya existía por ser creado, pero que se había hundido en el inexplicable absurdo de la nada, la creación de un nuevo hombre.

De este modo, teniendo en el amor redentor de Cristo su fuente y destino, el sufrimiento para el cristiano tiene sentido como:

Un desafío (incluso sin conocer a Dios): Sufrimiento da desafío a la vida: La vida es en el fondo un permanente desafío hacia el autodesarrollo y, vista de este modo, sin la existencia del sufrimiento, se desvanecería la experiencia terrenal del hombre en un sinsentido. El sufrimiento da enfoque, movimiento. Sin él podría haber estaticidad. Es a

través del amor o el dolor que el hombre puede crecer espiritualmente y encontrar la verdad de sí mismo (Peña, 1999).

Una prueba: Para el cristianismo la tribulación es una prueba, en cuanto se trata de la pedagogía de Dios, que como un padre busca quebrantar la caprichosa voluntad del niño, pero con amor y para su bien futuro. Un llamado a recapacitar. (Peña, 1999).

Una purificación: No se trata de una búsqueda morbosa y masoquista, sino la aceptación de este cuando es inevitable, con la certeza de que tiene que formar parte del plan divino para nuestro crecimiento. (Peña, 1999).

Una lucha espiritual por subordinar el cuerpo al amor: El tema de la ascesis, cuya intención no es masoquista, no quiere dañar el cuerpo sino trascenderlo. El cuerpo no es la cárcel del alma, sino una dimensión esencial en el hombre y el vehículo hacia su santificación. La mortificación ascética, entonces, no anhela el dolor sino la subordinación del cuerpo a la conciencia, y del instinto a la virtud, en la imitación de Cristo en el amor. O dicho más sencillo, la mortificación por la subordinación al amor (Peña, 1999).

Finalmente, un estímulo a la caridad. La Iglesia siempre ha visto en los hermanos y hermanas de Cristo que sufren como un sujeto de su fuerza sobrenatural. Por eso la comunidad de creyentes tiene la necesidad de recurrir a ellos, al valor de sus sufrimientos aceptados con amor para la salvación del mundo (SD 27) pero también ha sentido una solicitud especial hacia ellos, en donde Cristo habita, reconociendo en ellos el camino seguro que conduce al Señor (LG 8), ya que se trata del camino del propio Cristo, Buen Samaritano, que no pasa de largo, sino, en cambio, tiene compasión, vendar las heridas y cuida.

Así, cada hombre tocado por la fuerza redentora de Cristo, se siente impulsado a detenerse a curar las heridas de su prójimo, trata de aliviarlo y consolarlo con el mismo consuelo con el que él es consolado (2 Cor 1, 4) (SD 28)

Este detenimiento ante el suplicio corporal no es mera curiosidad sino más bien disponibilidad, una respuesta coherente de amor, que se conmueve ante la desgracia ajena (SD 28). Si Cristo, conocedor interior del hombre, subraya y valora esta conmoción, quiere decir que es importante una actitud misericordiosa con el prójimo. Por tanto, es capital, desde la nueva significación del sufrimiento, que se cultive la sensibilidad del corazón, la compasión hacia el que sufre.

La compasión es la gran virtud de quienes alivian el sufrimiento. Pero no se trate de una falsa compasión, como cuando se recurre a ella para justificar, por ejemplo, la eutanasia.,

sino como la del buen Samaritano, que busca el bien del otro, respeta su persona y busca dignificarla.

III. CONCLUSIONES

En primer lugar, la búsqueda de un sentido para el sufrimiento corporal ha sido un gran problema existencial para el hombre de todos los tiempos, particularmente para quienes, en el mundo contemporáneo, poseen una mentalidad light. Esto debido a una visión sesgada de la realidad la cual está precedida por el materialismo y hedonismo imperantes.

Ello ha supuesto que la aproximación al problema se restrinja dentro de la dimensión material y temporal, y, en consecuencia, sólo se logre aliviar algunos de sus efectos, tal como vimos en las reacciones del hombre light ante el sufrimiento, sin que realmente se logre un tratamiento significativo pues no tocan su raíz.

En segundo lugar, los tratamientos humanos del problema, y particularmente los derivados de una mentalidad light, siempre estarán restringidos a la naturaleza contingente del mundo, incluso las respuestas más elevadas como la de aceptación e intento terapéutico. En consecuencia, la persona experimenta el sufrimiento de una forma magnificada, egoísta y nihilista. Urge, ante el imperativo de un sentido para el sufrimiento, una respuesta que lleve al hombre a trascender.

La posibilidad del sentido, que en realidad supone una sanación integral, debe venir, por tanto, de una dimensión superior. Este es el panorama que la propuesta cristiana encuentra y con la que quiere dialogar.

En tercer lugar, el cristianismo propone hacer una relectura del sufrimiento corporal pero esta vez desde la experiencia de la fe. A través de ella descubre que la única forma de encontrar un significado para el suplicio es a través de un viaje existencial de maduración, un viaje que exige un constante combate espiritual por lo que sólo desde y con Dios podrá completarlo.

De este modo el sufrimiento aparece ahora como parte del desorden que el pecado introduce en el mundo y con el que Dios lucha, llamando incesantemente a los hombres a que también se unan a Él en esta cruzada.

En cuarto lugar, la respuesta divina a este drama humano no ha consistido en una contestación teórica o en la simple extinción del mismo, sino más bien en la transformación

del suplicio en teofanía, es decir, en una experiencia personal de amor divino, un amor incondicional por la humanidad que está herida y necesitada de salvación.

En quinto lugar, constatamos que el amor de Dios, manifestado plenamente en el Crucificado, es lo que, en definitiva, confiere sentido al sufrimiento corporal y posibilita un vínculo singular con Él. Es importante subrayar que la acción de Cristo sobre el sufrimiento corporal no es la simple aniquilación del mismo, sino más bien la transformación de este en una teofanía de amor, tal como Juan Pablo II señalaba: “La verdad del sufrimiento se manifiesta en la verdad del amor, y la verdad del amor en la verdad del sufrimiento” (SD 18).

Consecuentemente, desde Cristo y con Cristo todo sufrimiento humano, y particularmente el del cristiano, que se halla unido a Jesús por el bautismo, se eleva, adquiere una dimensión sagrada y se hace fecundo.

De esta manera, frente a un sufrimiento magnificado aparece la cercanía de un Dios preocupado por el hombre, que hace de su sufrimiento una teofanía, una experiencia redentora de amor.

Frente al sufrimiento egoísta aparece el amor de Cristo en la cruz, que es capaz de destruir el egoísmo en el corazón humano liberándolo para que pueda trascender.

Y frente al nihilismo, se desvela el sentido cristiano del sufrimiento: transformado por el amor, el sufrimiento se convierte en instrumento de comunión, solidaridad, redención personal y comunitaria.

Finalmente, por los motivos antes expuestos, podemos afirmar que la propuesta cristiana, a pesar de sus raíces antiguas, es novedosa, adecuada y goza también de vigencia en un mundo regido por el materialismo y hedonismo, ya que aporta capacidad de discernimiento, de aguante y esperanza de superación para el sufrimiento corporal.

En efecto, lo que comenzó como un inevitable drama existencial, en el Hijo encarnado se reviste de una finalidad pedagógica, purificadora y redentora, lo cual redundo positivamente a nivel individual y también universal.

IV. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Actas de los Mártires. (1968). Martirio de las santas Perpetua y Felicidad y de sus compañeros. En D. Ruiz (Ed.). *Actas de los Mártires*. (pp. 419-440). BAC, Madrid.
- Actas de los Mártires. (1968). Martirio de los santos escilitanos. En D. Ruiz (Ed.). *Actas de los Mártires*. (pp. 352-355). BAC, Madrid.
- Actas de los Mártires. (1968). Martirio de san Justino y sus compañeros. En D. Ruiz (Ed.). *Actas de los Mártires*. (pp.304-316). BAC, Madrid.
- Actas de los Mártires. (1968). Martirio de San Policarpo en su versión latina. En D. Ruiz (Ed.). *Actas de los Mártires*. (pp. 263-279). BAC, Madrid.
- Aguirre, R. (ed.). (2010). *Así empezó el cristianismo*. Verbo Divino. Navarra.
- Álvarez, F. (1995). Claves bíblico-teológicas para vivir cristianamente el sufrimiento. En *Labor Hospitalaria*, 235.
- Antón, F. (2017). Antropología del sufrimiento social. En *Antropología Experimental*, 17.
- Barrajón, P. (2006). El sufrimiento cristiano. Actualidad de la Salvifici Doloris de Juan Pablo II. *Ecclesia (enero-marzo) 2006*.
- Bentué, A. (2001). *Muerte y búsquedas de inmortalidad*. Universidad Católica de Chile ed. Santiago.
- Biblia de Jerusalén (1999). *Nueva Biblia de Jerusalén*. Desclée de Brouwer, Bilbao.
- Bonora A. (1990). Mal – Dolor. En P. ROSSANO - G. RAVASY - A. GIRLANDA, *Nuevo diccionario de Teología Bíblica* (p.1091) Paulinas, Madrid
- Bouyer, L. (1990). Sufrimiento. En *Diccionario de teología* (p. 616) Herder, Barcelona.
- Brantschen, J. (1982). Sufrimiento. Perspectivas teológicas. En A. Álvarez, et. al. (dir.). *Fe cristiana y Sociedad moderna*, 10. (pp. 67-77) Ed. SM. Madrid.
- Busto J. (1984). Cuando el dolor pone a prueba la fe. En *Sal Terrae*, 72.
- Busto, J. (1991). Cristología para empezar. En *Sal Terrae*, Santander.
- Calvino, B. (2004). Nocicepción. En R. DORON – F. PAROT (dirs.), *Diccionario Akkal de psicología*. (p. 396). Akkal ed. Madrid.
- Calvo, M. (2000). *Paciencia en el sufrimiento*. Editorial CCS. Madrid.
- Cassell, E. (1995). Pain and suffering. En W. T REICH *Encyclopedia of bioethics*. Macmillan Pub. New York.
- Catecismo de la Iglesia Católica (1997). Paulinas ed.

- Chapman, C.R. & Gavrin, J. (1993). Suffering and its relationship to pain. *Journal of Palliative Care*, 9 (2), 5-13.
- Consuegra, N. (2010). Dolor. En *Diccionario de Psicología* (2 ed. pp. 81-82). Ecoe Ediciones, Bogotá.
- Dantzer, R. (2004). Sufrimiento. En R. DORON – F. PAROT (dirs.), *Diccionario Akkal de psicología* (p. 533). Akkal ed. Madrid.
- De Ausejo, S. (1978). Dolor. En *Diccionario de la Biblia* (p. 1721) Herder, Barcelona.
- De la Peña, J. (1986). *Teología de la Creación*. Sal Terrae. Bilbao.
- Di S. Maria, M. y Cappelletti, A. (1983). Mártir. En E. Ancilli. *Diccionario de espiritualidad II*. (p. 556). Herder, Barcelona.
- Dziwiszt, S. (2014). *He vivido con un santo*. La Esfera de los Libros, Madrid.
- Filomena, C. (2011). Juan Pablo II y el valor del sufrimiento. *Ecclesia XXV*, 3 (pp. 385-392).
- Fundación CANFRANC. (s.f.). *Tema 8: actitud frente al dolor*, PDF.
- García, A. (1990). *El sentido del dolor en Job*. Estudio teológico de San Idelfonso. Salamanca.
- García, J., Sanz, C. y Laza, G. (1996). La enfermedad y el sentido del sufrimiento. En *Cuadernos de Bioética 1996*, 1º.
- García, M. (1970). *Teología de la Biblia. Antiguo Testamento*. BAC. Madrid.
- Gerstenberger, E. (1992). Clama el salmista ¿Dónde está Dios? *Conclium 242*. (pp.585-599). Verbo Divino. Navarra.
- González de Cardedal, O. (2008). La misión. El Mediador de la salvación. En O. González de Cardedal. *Cristología. Sapientia Fidei*. (pp. 493-566) BAC. Madrid.
- Goya, P. y Martin, M. (2010) *¿Qué sabemos del dolor?* CSIC y CATARATA. Madrid.
- Guardini, R. (2008). *El Señor*. Ed. Cristiandad. Madrid.
- Ignacio de Antioquía. (1999). Ignacio a los filadelfios. En J. Ayán (Trad.). *Fuentes patrísticas I. Ignacio de Antioquia. Cartas*. (pp. 161-169). Ciudad Nueva, Madrid
- Ignacio de Antioquía. (1999). Ignacio a los romanos. En J. Ayán (Trad.). *Fuentes patrísticas I. Ignacio de Antioquia. Cartas*. (pp. 149-159). Ciudad Nueva, Madrid
- Juan Pablo II (1984), *Salvifici Doloris*.
- Kissane, D., Clarke & D. y Street, A. (2001). Demoralization syndrome: a relevant psychiatric diagnosis for palliative care. *Journal Palliat Care*, 17 (1), 12-21.
- Ladaria, L. (1998). *El Dios Vivo y Verdadero. El misterio de la Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca

- Ladaria, L. (2007). *Cristo, salvación de todos*. San Pablo. Madrid
- Lautourelle, R. (1984). *El hombre y sus problemas a la luz de Cristo*. Sigueme. Salamanca.
- León-Dufour, X. (1996). Sufrimiento. En X. LEÓN-DUFOUR, *Vocabulario de teología bíblica* (pp.872-877) Herder, Barcelona
- Leveque, J. (1986). *Job. El libro y el mensaje. Cuadernos Bíblicos 53*. Verbo Divino. Navarra.
- Lobato, A. (Dir.). (2001). *El pensamiento de Santo Tomás de Aquino para el hombre de hoy, II*. EDICEP. Valencia
- Lucero, I. (21 de Octubre de 2011). El Dolor y el sufrimiento. En *Enciclopedia de Bioética*. <https://enciclopediadebioetica.com/mod/page/view.php?id=3326>
- Magaña, M. (2005). El sufrimiento espiritual y la intervención de la enfermería. En *Desarrollo Científico de Enfermería, Vol 13., n.6, Julio, 2005* Mayo Clinic. (2022, 20 de febrero). *Síndrome del corazón roto* <https://www.mayoclinic.org/es-es/diseases-conditions/broken-heart-syndrome/symptoms-causes/syc-20354617?p=1>
- Moltmann, J. (1973). El Dios crucificado. En *Selecciones de Teología 45* (pp. 19-14).
- Montes, D. (s.f.). *Dolor y sufrimiento humano*. PDF.
- Muñoz, H. (2009). Somatización: consideraciones diagnósticas. En *Revista Med, vol 17-n.1*
- Neusch, M., (1992) *El Mal*. Mensajero. Bilbao.
- Pagola, J.A. (2011). *Id y curad. Evangelizar el mundo de la salud y la enfermedad*. PPC. Madrid.
- Pellicer, S. (1999). Dios Padre frente al sufrimiento humano. *Corintios XIII, 89*. (p.208).
- Peña, S. (1999). El sentido cristiano del dolor. En S. Peña. *Puntos de Vista*. (pp.88-102). Editorial Universitaria, Santiago de Chile
- Polo, L. (s.f.). El sentido cristiano del dolor. En *Fluvium*. PDF.
- Quesnel, M. y Gruson Ph. (2002). *La Biblia y su cultura. Jesús y el Nuevo Testamento*, Sal Terrae. Santander. Bilbao.
- Rodríguez, E. (s.f.) El sentido del sufrimiento. Experiencia de los enfermos de cáncer. En *ARS Medica*. PDF.
- Rojas, E. (2000). *El hombre light. Una vida sin valores*. Planeta. Madrid.
- Romero, E. (dir.). (1999). *Fuentes Patrísticas I. Ignacio de Antioquia, Policarpo de Esmirna, carta de la Iglesia de Esmirna*. Ciudad Nueva. Madrid.
- Ruiz, F. (1984). Sufrimiento. En E. ANCILLI (dir.) *Diccionario de espiritualidad III* (pp. 423-427) Herder, Barcelona.

- Scharbert, J. (1979). Dolor. En H. FRIES (dir.), *Conceptos fundamentales de la teología I* (p. 377 - 384) Cristiandad ed. Madrid.
- Schuchardt, E. (1990). Afrontar el fracaso. ¿Por qué precisamente yo? Una ocasión para aprender a vivir. En *Concilium*, 231. (pp.261-286). Cristiandad ed, Madrid.
- Sesé, J. (2008). *Historia de la espiritualidad. 2º ed.* EUNSA, Pamplona.
- Sotomayor, M. y Fernandez, J. (cord). (2003). *Historia del Cristianismo I.* Trotta. Madrid.
- Spaemann, R. (1991). *Felicidad y benevolencia.* Rialp. Madrid.
- Strange, M. (1969). *Conoce la Biblia. Antiguo Testamento 27. Job y Qohelet.* Sal Terrae. Bilbao.
- Tomás de Aquino (1955). Suma Teológica, II-II. Apéndices del tratado de la Fortaleza. En T. Urdanoz (Dir.) *Suma Teológica, vol. IX.* BAC, Madrid.
- Tomás de Aquino. (1955). Suma Teológica, II-II. En T. Urdanoz (Dir.) *Suma Teológica, vol. IX.* BAC, Madrid.
- Tomás de Aquino. (1957). Suma Teológica, III. En T. Urdanoz (Dir.) *Suma Teológica, vol. XIII.* BAC, Madrid.
- Tomás de Aquino. (1989). Suma Teológica, I-II. En Regentes de Estudios de las Provincias Dominicanas en España (ed.). *Suma de Teología, vol. II.* BAC, Madrid.
- Torralba, F. (2007). Aproximación a la esencia del sufrimiento. En *An. Sist. Sanit. Navar, 30 (Supl. 3)* (p. 23-37).
- Trevijano, R. *Patrología, Sapientia Fidei.* BAC. Madrid.
- Vaticano II (1964). *Constitución Dogmática Lumen Gentium.*
- Vaticano II (1965). *Constitución Pastoral Gaudium et Spes.*
- Vaticano II (1965). *Mensaje del Concilio a la Humanidad.*

ANEXOS

Anexo 1: Reporte de Turnitin

TESIS DE LICENCIATURA- SIMON BENITES -FINAL (CORREGIDO).docx

INFORME DE ORIGINALIDAD

11 %	11 %	1 %	1 %
INDICE DE SIMILITUD	FUENTES DE INTERNET	PUBLICACIONES	TRABAJOS DEL ESTUDIANTE

FUENTES PRIMARIAS

1	repositorio.comillas.edu Fuente de Internet	1 %
2	repositorio.uct.edu.pe Fuente de Internet	1 %
3	idoc.pub Fuente de Internet	1 %
4	pablofranciscomaurino.wordpress.com Fuente de Internet	1 %
5	scielo.isciii.es Fuente de Internet	1 %
6	studylib.es Fuente de Internet	1 %
7	core.ac.uk Fuente de Internet	1 %
8	holytrinitymission.org Fuente de Internet	1 %
9	www.scribd.com Fuente de Internet	